

PASTORALIA

REVISTA DE PASTORAL N°58

OURENSE - DICIEMBRE 2018

ADVIENTO 2018

Caminemos a la luz del Señor
(Is 2,5)



DIOCESE
DE OURENSE

PASTORALIA

Diócesis de Ourense – Vicarías para la Pastoral y para la Nueva Evangelización

SUMARIO: “Caminemos a la luz del Señor” (Is 2,5)

En el momento presente donde se percibe tanta crispación y desaliento, en el que tenemos los ojos abiertos para percibir lo negativo y nos cuesta descubrir el bien que brota humilde y calladamente, la profecía de Isaías suena como un anhelo de esperanza. La paz que el Mesías trae es la meta de la convivencia social, del encuentro y la reunión de los que están dispersos y sin horizonte. Pero esa vida nueva, a la vez, es un reto: “¡Caminemos a la luz del Señor!” (Is 2,5). Este Adviento 2018 es una oportunidad más para avivar la esperanza y limpiar la mirada para unir nuestros pasos y caminar juntos en la misma dirección al encuentro de Dios que viene y trae salvación.

Con el deseo de contribuir a vivir este Adviento, en esta etapa del camino sinodal, las colaboraciones de este número de Pastoralia quieren ayudarnos a profundizar en la vivencia de la Liturgia y ofrecernos recursos para hacerla más gozosa y bella de modo que nos ayude a encontrarnos con el misterio de Dios manifestado en Cristo y actualizado en cada celebración litúrgica.

El Adviento de hoy, como el de siempre, nos invita a limpiar la mirada y tomar conciencia de las raíces de nuestra fe, afincadas en la esperanza que los profetas anunciaron (mirada al pasado). Pero, al mismo tiempo, nos despierta para descubrir al Salvador que vino y viene cada día, humilde y sencillo, imperceptible para una mente y un corazón humano embotado en la búsqueda del ganar, gastar y gozar (mirada al presente). Y, por último, nos alienta para levantar la mirada y mirar a la meta: el Señor vendrá en gloria y la cizaña que crece orgullosa entre las tiernas espigas de trigo será arrancada por sus ángeles y el bien brillará en todo su esplendor.

A lo largo de los diferentes artículos encontraremos propuestas e iniciativas que nos deberían ayudar para dignificar las celebraciones y promover una participación más activa, consciente y corresponsable de todos. Las últimas aportaciones nos ayudan a seguir conociendo y profundizando en la dimensión sinodal de la Iglesia y el caminar de nuestro Sínodo diocesano. Como aportación práctica, la Carpeta de Pastoral, nos ofrece indicaciones y recursos para el canto litúrgico. Unos criterios que, aplicándolos, contribuirán a mejorar el uso de la música en las celebraciones y los recursos aportados nos facilitarán la preparación del canto en la liturgia de este Adviento.

Como pórtico, el **Sr. Obispo**, nos invita a caminar como hijos de la luz guiados por nuestra Madre Iglesia que, a pesar de todo, ilumina nuestro camino con la luz que brota de sus mejores hijos. Termina recordándonos que viviendo con autenticidad el Adviento nos llevará a replantearnos las próximas fiestas natalicias con mayor austeridad y así podremos ser más solidarios con tantos hermanos necesitados ¡No están los tiempos para tanto despilfarro cuando a las puertas de nuestro corazón están llamando tantos hermanos! ¡*Caminemos a la luz del Señor!*

**Pág.
5**

D. José Manuel Villar, CM, nos invita a profundizar en la Liturgia como fuente y cumbre de la vida de la Iglesia, aportando algunas indicaciones para dignificar la misma.

**Pág.
8**

D. Jorge Juan Pérez Gallego pone de relieve que la espiritualidad litúrgica es la misma espiritualidad cristiana en su esencia sacramental y eclesial. Se fundamenta en la acción y presencia del Espíritu Santo en la acción litúrgica. Por medio de ella podemos avivar la vida del Espíritu en cada uno de nosotros.

**Pág.
10**

D. José Antonio Gil Sousa, desde la constatación del abandono de la práctica sacramental por parte de muchos de nuestros fieles, fundamenta la dimensión comunitaria de los Sacramentos, al tiempo que nos urge a visibilizarla en la celebración de los mismos.

**Pág.
12**

D. Manuel Rodicio Pozo, partiendo de una sencilla constatación de la realidad donde Liturgia se contrapone a evangeli-

**Pág.
14**

zación o se constata un retorno a la preocupación por lo externo, nos invita a reflexionar sobre su dimensión evangelizadora. La Liturgia es fundamental en la vida de la Iglesia, porque es la actualización de la obra de la salvación y el culto que la Iglesia le ofrece. Concluye con unas propuestas pastorales para que, celebrando y comprendiendo lo que celebramos, seamos mejores testigos de “lo que hemos visto y oído” (1Jn 1,3) en medio de nuestros ambientes.

D. Oscar Martínez Caamaño, continuando la reflexión del número anterior de Pastoralia sobre los Sacramentos de la sanación, centra su reflexión en el Sacramento de la Reconciliación. Nos invita a echar una mirada a la forma de celebración, los espacios y los tiempos para concluir presentándonos unas claves para recuperar la Reconciliación, así como la Unción de los Enfermos para un mundo interiormente herido.

D. Carlos González Prieto comparte con nosotros su experiencia alentando la Liturgia de las Horas en las comunidades que tiene confiadas y nos ofrece pistas para avanzar en esta dirección, ayudando al pueblo de Dios a santificar el día.

D. José Pérez Domínguez resalta la importancia de la piedad popular en el Adviento, subrayando el acontecimiento extraordinario por el que el Hijo de Dios se ha hecho niño en el seno de una mujer virgen, pobre y humilde. Haciendo un recorrido por los signos, personajes y gestos de este tiempo, nos ofrece propuestas para revitalizar la celebración y contribuir a su belleza.

D. Xosé Manuel Domínguez nos habla de la importancia de hacer fiesta. Festejar es una manifestación natural de la alegría que surge de vivir en comunidad y de hacer experiencia de Cristo. Festejar es acoger conscientemente el don que se nos regala. Y nos ofrece propuestas para festejar el Adviento en familia.

D. Luis Rodríguez Álvarez ofrece una reflexión para avivar la esperanza en este momento que vivimos, donde muchas de nuestras parroquias carecen de vitalidad y urge una reestructuración que lleve a promover centros de referencia. Pero solo esto no bastará, si tratamos de erradicar aquellos aspectos que vacían de significado nuestras celebraciones litúrgicas. Con su agude-

za de pastor nos orienta en el camino para promover una Liturgia viva.

D. Raúl Alfonso González indica el camino para promover unas celebraciones más participativas y gozosas promoviendo los ministerios laicales de modo que, en la Liturgia, cada uno haga todo y solo lo que tiene que hacer.

D. Francisco Pernas de Dios en la misma línea de promoción de los ministerios, nos ofrece una reflexión sobre el Diaconado Permanente, su identidad y misión. Una aportación que nos ayudará a conocerlo y darlo a conocer a nuestros fieles tras su reciente implantación en nuestra Diócesis.

D. Francisco José Prieto continuando la reflexión recogida en números anteriores sobre la sinodalidad en la Iglesia, tras haber hecho un recorrido por los cuatro primeros concilios ecuménicos de la Iglesia antigua (Nicea, Constantinopla, Éfeso y Calcedonia), nos acerca ahora a la actividad conciliar que influyó más directamente en la vida pastoral de la primitiva sede auriense: los concilios bracarenses del siglo VI.

D. Néstor Álvarez Rodríguez, Secretario del Sínodo Diocesano, nos ofrece una crónica de los trabajos sinodales en esta etapa en que nos encontramos, alentándonos a seguir caminando juntos.

Por último una sencilla Carpeta de Pastoral que, en esta ocasión, gracias a la colaboración de **D. Antonio Fernández León** y **D. Bruno Fuentes**, nos ofrece una reflexión y criterios para dignificar el canto litúrgico así como propuestas para ello. Además de una lista de posibles cantos para diferentes momentos de este Adviento, nos ofrecen la música de los responsorios del Salmo y cantos para el encendido de cada vela de la corona de Adviento.

Gracias a todos por el esfuerzo para llevar adelante un número más de Pastoralia. Puede servirnos para seguir caminando a la luz del Señor, en este tiempo donde tantas veces somos más dados a ver los densos nubarrones que parecen cernirse sobre la Iglesia antes que las humildes luces de santidad y vida nueva que están brotando. Feliz camino al encuentro del Señor.

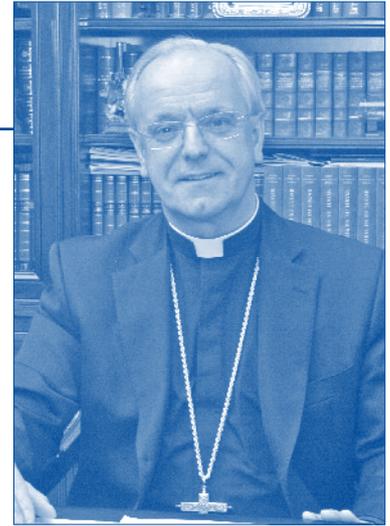
Sr. Obispo

Busquemos la Luz para ser luz

La revista *Pastoralia* me ofrece, una vez más, la oportunidad de dirigirme a vosotros al comienzo del Adviento 2018. En esta ocasión se ha buscado un título muy sugerente que hemos encontrado, como acaece siempre, en la contemplación de la Palabra de Dios. *Caminemos a la luz del Señor* (Is 2,5). Seríamos los más necios de los mortales si se nos escapase de nuestra perspectiva la fuerte interpelación que estamos viviendo en la sociedad y, por ende, en toda la Iglesia. Incluso en la misma XV Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos sobre *Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional*, se hizo presente la dolorosa problemática de los “abusos” tanto de poder como económicos, de conciencia y sexuales, tal como queda recogido en uno de los puntos del documento final, en donde se afirma que este fenómeno *extendido en la sociedad, afecta también a la Iglesia y representa un serio obstáculo para su misión. El Sínodo reitera su firme compromiso para la adopción de medidas rigurosas de prevención*¹. Por otra parte, el mismo cardenal Lorenzo Baldiseri, Secretario del Sínodo, al finalizar la Misa de clausura hizo pública una carta de los padres sinodales a los jóvenes en donde les dice *que nuestras debilidades no os desanimen, que la fragilidad y los pecados no sean la causa de perder vuestra confianza. La Iglesia es vuestra madre, no os abandona y está dispuesta a acompañaros por caminos nuevos, por las alturas donde el viento del Espíritu sopla con más fuerza, haciendo desaparecer las tinieblas de la indiferencia, de la superficialidad, del desánimo (...) Sois el presente, sed el futuro más luminoso*.²

Sea como fuere, estamos inmersos en una etapa llena de dificultades y de incertidumbres, pero también de retos para nuestra vida de fe. No podemos negar que en muy poco tiempo se ha

generado en nuestros ambientes una sensación que nos avisa de que parece que estamos adentrándonos en un cambio epocal, y esto nos desconcierta. Sin embargo, no podemos olvidar que somos hijos de una Iglesia particular que hunde sus raíces, fuertemente, en la tierra de nuestros pueblos y en los corazones de nuestras gentes. La Iglesia que – como me gusta repetir – peregrina en la fe por estas tierras ourensanas, desde antiquísimos tiempos, es para nosotros una madre fecunda que nos ilumina con la fe vivida de una manera, a la vez heroica y sencilla por muchos de nuestros antepasados, estoy seguro que alguno de ellos forma parte de ese *rostro más bello* de la misma Iglesia³. A pesar de la confusión y de las oscuridades socio-ambientales, la fe transmitida por nuestros mayores es como esa luz que nos conduce a puerto seguro. Una luz que resplandece a través del testimonio de vida de los mejores hijos de nuestra Iglesia particular. Una luz que se hace patente en el testimonio silente de tantos sacerdotes y religiosas que nos han dejado camino de la luz eterna. En este sentido, y a modo de ejemplo, podemos afirmar que en este año estamos celebrando los doscientos años de la muerte de uno de los grandes pastores santos de nuestra Iglesia particular, evento que está pasando desapercibido. Me refiero al cardenal-obispo de Ourense don Pedro de Quevedo y Quintano (1776-1818). El testimonio de su vida ha sido luz y fuerza no sólo para el clero, los religiosos y los laicos de su tiempo, sino que fue un hombre valiente que supo mantener con firmeza sus principios buscando siempre el bien de las almas y el de la Nación⁴. Él, al igual que otros, fueron una presencia que no ha hecho ruido y que no buscó publicidad; es más, un aplas-



1 XV Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, *Documento final*, nº 29 (27 de octubre de 2018).

2 *Mensaje de los Padres Sinodales a los jóvenes*, Domingo, 28 de octubre de 2018.

3 FRANCISCO, Exhortación apostólica *Gaudete et exultate*, nº 9.

4 Cf. Miguel Ángel GONZÁLEZ GARCÍA, *La Biografía inédita del cardenal Quevedo de Don José de Uruga*, Edit. Archivos Capitular y Diocesano, nº 54, Ourense 2018; Cf. José Ramón HERNÁNDEZ FIGUEIREDO, *El cardenal Pedro de Quevedo y Quintano en las Cortes de Cádiz*, Madrid 2012.

tante silencio mediático se ha extendido sobre la historia de sus vidas. No ha habido nada que la mentalidad actual tuviera que reseñar; evidentemente, nada llamativo o escandaloso en sus vidas. En su existencia se hizo patente con mucha claridad la “santidad de la puerta de al lado”⁵. Por eso no fueron ni son noticia. Sin embargo, descubrimos de una manera elocuente que a través de esas vidas crucificadas por el signo de la muerte nos acercamos cada vez más a la Luz.

Por encima de la fuerza, a veces omniabarcante, de algunos medios de comunicación que se hacen eco de las ideologías que los impulsan y promueven, así como de las organizaciones sociales y políticas; a pesar de las estrategias poderosas de los *lobbies* y de algunos grupos internacionales que parecen mover las inteligencias y los corazones de los hombres y mujeres de nuestro pueblo, incluso de nosotros mismos, podemos afirmar con el pensador norteamericano Peter Kreeft, que no nos podemos quedar en lo que constatamos y vemos, sino que necesitamos ir más allá, al fondo de todos los sistemas en donde encontramos al verdadero enemigo del hombre y de Dios, a aquel que se viste de *ángel de luz y es padre de la mentira* (Jn 8,44), que aparece perfectamente retratado en el Evangelio⁶. En este mismo sentido, el papa Francisco, desde esa atalaya excepcional que es el ejercicio de su ministerio como Obispo de Roma y Pastor de la Iglesia Universal, nos ha ayudado a desenmascarar, con la sencillez y claridad que le caracteriza, a aquel que es enemigo de la Luz de Cristo y de su obra redentora⁷.

La invitación que se nos hace en este Adviento 2018 a *caminar a la luz del Señor*, es aquella que, desde siempre, nos dirige la Madre Iglesia y nos ayuda a buscarla. Recordemos el texto de la Escritura: *El Pueblo que camina en tinieblas vio una luz grande* (Is 9, 1). Como creyentes, cuando nos acercamos a la Palabra de Dios con el corazón abierto y libre de prejuicios, nos damos cuenta de las lecciones de esperanza que brotan de su lectura. En la época del profeta Isaías – uno

de los personajes bíblicos que nos acompañará a lo largo de este tiempo litúrgico – el Pueblo de Israel está viviendo unas circunstancias graves y dramáticas, al encontrarse oprimido por los poderosos de este mundo y por sus leyes *ilegales*; en esta situación el profeta, como un gesto de esperanza, grita al pueblo para que contemple con los ojos del espíritu, proyectados en el futuro, *una Luz grande*. En realidad, esa Luz es la misma persona que María trae a la historia de este mundo en medio de la más absoluta precariedad (cf. Lc 2, 4-7; Mt 1, 23); aquella misma Luz que guiará la vida y los pasos de los Magos (cf. Mt 2, 9-11). La Luz que crea y da sentido al mundo y a todos los que en él habitan (Jn 8, 12).

Esa Luz es la misma que ha fascinado a los santos, ellos son el *rostro más hermoso de la Iglesia*⁸. Un signo de ello lo encontramos en uno de los pastores recientemente canonizados, me refiero a san Pablo VI. Cómo nos cautivan esos pensamientos que aparecen en su *Testamento*; en él nos dice, con la belleza propia de su estilo: *Fijo la mirada en el misterio de la muerte y de lo que a ésta sigue en la luz de Cristo, el único que la esclarece; y por tanto, con confianza humilde y serena. Percibo la verdad que para mí se ha proyectado siempre desde este misterio sobre la vida presente, y bendigo al vencedor de la muerte por haber disipado sus tinieblas y descubierto su luz*⁹. Y, en otro texto, de un extraordinario lirismo, afirma: *Ciertamente, me gustaría, al acabar, encontrarme en la luz*¹⁰. De una manera emblemática, como bien sabemos, el papa Montini falleció el día de la Transfiguración del Señor, fiesta litúrgica en la que se nos invita a penetrar, con temor y temblor, en el misterio del Dios que es *Luz de Luz*¹¹.

En este momento de la Historia de la Iglesia, san Pablo VI quiere convertirse en un faro luminoso que nos ayuda a renovar nuestra esperanza y la ilusión en nuestro camino del Adviento que, en realidad, es una metáfora de la vida misma, ya que mientras existimos en esta nuestra situación frágil y contingente, la doctrina de este papa santo nos da una nueva luz sobre la Iglesia

5 Cf. FRANCISCO, Exhortación apostólica *Gaudete et exsultate*, n° 7.

6 Cf. Peter KREEFT, *Como ganar la guerra cultural*, Madrid 2017, pp. 35-39.

7 Cf. FRANCISCO, Conclusión de la XV Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos sobre *Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional*. Palabras improvisadas del Papa en las que afirma: *Es el momento de defender a la Madre, y a la Madre se la defiende del gran acusador con la oración y penitencia. Por eso pedí en este mes que termina, en pocos días, de rezar el rosario, rezarle al arcángel Miguel, rezarle a la Virgen para que cubra siempre a la Madre Iglesia. Sigamos haciéndolo.* (27 de octubre de 2018).

8 Cf. FRANCISCO, Exhortación apostólica *Gaudete et exsultate*, n° 9.

9 PABLO VI, *Testamento*, en *L'Osservatore Romano*, Edic. en lengua española, Año X, n° 34 (20 de agosto de 1978).

10 *Ibid.*, *Meditación ante la muerte*, en *L'Osservatore Romano*, Edic. en lengua española, Año XI, n° 32 (12 de agosto de 1979).

11 Artículo del Símbolo Niceno-Constantinopolitano.

(*Ecclesiam suam*), la Eucaristía (*Mysterium fidei*), sobre el auténtico progreso de los pueblos (*Populorum progressio*); y en las circunstancias actuales, en las que se vuelve a poner en cuestión el ministerio sacerdotal y, de manera especial, la vivencia del celibato apostólico, es plenamente actual su encíclica *Sacerdotalis caelibatus*, lo mismo que su doctrina acerca del amor y de la vida (*Humanae vitae*). Por otra parte, no podemos olvidar que en esta *nueva tarea evangelizadora* la *Evangelii nuntiandi*, de este papa santo, sigue siendo el documento de referencia para toda la pastoral de la Iglesia.

La invitación que nos hace el Adviento a *caminar a la luz del Señor* nos sitúa en la verdadera y auténtica perspectiva del misterio de Dios que se hace hombre para convertirse en luz del mundo. Esa luz, bajo cuyo resplandor caminamos, no es una realidad abstracta, sino que se trata de la persona del mismo Dios que *nos enriquece con su pobreza*, es decir, con el misterio fecundo de su Encarnación (Cf. 2 Cor 8,9). Adviento, por consiguiente, es un momento que se distiende en el tiempo, para intensificar la búsqueda de la luz, pero este proceso sólo podemos lograrlo si nos esforzamos por vivir la pobreza cristiana. Sólo haciéndonos pobres seremos capaces de descubrir en “el otro” al que es Luz. Este proceso que nos lleva a penetrar, paulatinamente, en el misterio de ese Dios que se hizo pobre – carne - por nosotros, nos invita a

caminar juntos, haciendo vida propia la auténtica experiencia de la Iglesia, que es comunión; en este sentido, qué mejor camino que participar con más intensidad en los grupos sinodales, o bien, si no podemos, arropar con la oración esta experiencia eclesial.

Por otra parte, la vivencia auténtica del Adviento nos llevará a replantearnos las próximas fiestas natalicias con mayor austeridad y así podremos ser más solidarios con tantos hermanos necesitados ¡No están los tiempos para tanto despilfarro cuando a las puertas de nuestro corazón están llamando tantos hermanos! ¡*Caminemos a la luz del Señor!* No es sólo una hermosa invitación, sino que es un proyecto que nos empuja y anima a recorrer el camino de nuestra existencia cristiana hacia la Luz. Para ello es necesario luchar por lograr un corazón con ansias de conversión. Así se hará realidad en nuestra vida la vocación de un auténtico discípulo-misionero que sabe descubrir que, si por la cruz se va a la Luz, por medio de una existencia pobre – como aquella que se vivió en Belén – se llegará a Aquel que es la verdadera *Luz del mundo* (Jn 8,12). Esta es la única que puede transformar la existencia de todos los pueblos y de sus gentes para que se cumplan las palabras del Señor: *Brille así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos* (Mt 5, 16).



La liturgia, centro de la Vida de la Iglesia

José Manuel Villar Suárez, OM

Hace cincuenta años solemnemente el Concilio Vaticano II, en la constitución *Sacrosanctum Concilium*, afirmó solemnemente: *La Liturgia es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda su fuerza. Pues los trabajos apostólicos se ordenan a que, una vez hechos hijos de Dios por la fe y el bautismo, todos se reúnan para alabar a Dios en medio de la Iglesia, participen en el sacrificio y coman la cena del Señor* (SC10). De alguna manera, esta afirmación, responde y resume al título de esta reflexión. Pero... ¿por qué es así de importante la Liturgia? ¿Qué razones teológicas y doctrinales sostienen estas afirmaciones? La respuesta la encontramos en SC 2: *Liturgia es el medio por el que se realiza la obra de nuestra Redención*. Y esto ¿qué significa? En otro lugar el mismo documento lo explica: *la Liturgia es el ejercicio del Sacerdocio de Cristo* (SC 7).

Sin embargo, se produce una tremenda paradoja: siendo las actividades litúrgicas las que más “*se hacen*” en las comunidades parroquiales, éstas se realizan de forma rutinaria y sin una suficiente conciencia sobrenatural. Algunas veces, hasta los mismos ministros, hablan de la Liturgia como si cualquier otra actividad fuera más necesaria o importante. ¿Hasta qué punto sacerdotes y fieles somos conscientes de estar en la presencia de Dios, de que está aconteciendo de forma actual el Misterio Pascual tanto en el Bautismo de un niño en una de nuestras pequeñas aldeas como en las exequias o en la reiterada celebración dominical de la Eucaristía? Si preguntamos a la gente, la mayoría ya no identifica la Misa como una oración, sino como *un asistir a algo* con lecturas, cantos y donde todo el mundo *toma la comunión*. Los mismos presbíteros parecemos más predicadores que sacerdotes; estamos más centrados en la atención o no de la gente, en el tiempo que tenemos, en que se nos entienda, por supuesto si despertamos o no la fe, que en el misterio de salvación que acontece, precisamente por la presencia de Cristo. Parece que estuviéramos “*sustituyendo*” al Señor en su ausencia, más que *re-presentándolo*, como transparencia suya.

Así, la Liturgia se convierte, para no pocos, en una ceremonia socio-religiosa que acompaña

los momentos más importantes de la vida. Por eso mismo, nuestra sociedad secularizada intenta ofrecer alternativas ceremoniales. Las bodas son ya mayoritariamente civiles. Con los niños no se han encontrado aún alternativas mejores al Bautismo o la Comunión. La Confirmación fracasa estrepitosamente porque los adolescentes no están por la labor de entregarse a compromisos que ni siquiera ven reflejados en los que se dicen cristianos. Y, la práctica dominical, sigue disminuyendo. No cabe duda que el ambiente hostil hacia el cristianismo de esta última década en España en los ámbitos escolares, culturales, de los “*mas-media*” y políticos predisponen a la población en contra de la fe, del clero y de la Iglesia. Esto, añadido a un ambiente hedonista y materialista, va erosionando de forma demoledora la vida familiar y la conciencia religiosa de nuestro pueblo.

En medio de esta situación, no cabe duda que la Liturgia sigue siendo el punto de encuentro de la mayoría: ocasionales, convertidos, sociológicos, romeros, asistenciales, etc. Aún tiene que pasar tiempo para que la secularización permita hacer, como ocurre cada vez más en Francia, que la Liturgia se sitúe en el punto de llegada de los que se convierten a la fe, o sea el fogonazo inicial de los que descubren la llamada de la fe.

Por el estudio de la Teología sabemos lo que significa la centralidad teórica de la Liturgia, pero estamos lejos de que esta sea, como quiso el Concilio Vaticano, una celebración, una experiencia gozosa de comunión para nosotros. Si hay una palabra más des-significada es ésta: *celebración*. En realidad, no vamos a celebrar nada porque, para ello, necesitamos que nos afecten sus motivos en el alma y, creo, que esto actualmente no se da. ¿Qué necesitamos para ello? No tengo recetas mágicas pero sí algunas propuestas:

Lo primero, lo más urgente atañe a los sacerdotes, *descalzarnos* como Moisés ante la tierra sagrada que pisamos cada día. Postrarnos ante Jesús y decirle que, a pesar de nuestras dudas, afirmamos: *Señor mío y Dios mío*. Es preciso, y cada día más, re-aprender a situarnos bien, dejar de querer ser los protagonistas de nuestras celebraciones para dejarle paso al “*misterio*” desde esa “*opción fundamental*”



sacerdotal”: “... es preciso que Él crezca y yo disminuya” (Jn. 3,30).

En segundo lugar, debemos valorar y aprender de la piedad de nuestros mayores, que viven y rezan con fe ayudando a los suyos a desarrollar actitudes de acogida y

dependencia del misterio fascinante de la presencia de Dios en la vida. Ellos, mayormente, se convierten en esas luces encendidas que iluminan el día a día desde la fe a aquellos con los que conviven. Que no tienen miedo a navegar en la vida ordinaria poniendo a Cristo en el centro de su existencia.

En tercer lugar, habrá que caer en la cuenta de la valoración que, cada día más, está adquiriendo el ansia de una sensibilidad hacia una Liturgia más trascendente, frente a una Liturgia que, como dice el papa Francisco, se hace a sí misma o a imagen del que preside o de comunidades autorreferenciales o de celebraciones “teatrales”... donde el sacerdote es el “actor principal” sin conducir a la asamblea al encuentro personal con el Dios-con-nosotros. Aquí es de alabar la generosidad, entrega y perseverancia del clero que, con ilusión y anhelo de trascendencia, desea encontrarse en la Liturgia, donde todos los sacerdotes se saben hermanos, necesitados unos de otros, orantes, elevados a una función sobrenatural que los supera y a ser signos personales de Jesucristo.

En cuarto lugar, el anhelo de una experiencia religiosa profunda y sentida lleva a muchos jóvenes a buscar y valorar las oraciones en grupo y las Vigilias eucarísticas. Una actividad importante para estos días: “Una luz en la noche”, porque los jóvenes necesitan una invitación provocativa que les haga encontrarse con el Señor y esta es una experiencia que nadie puede ofrecerle más que nosotros: salir al encuentro, acogida, oración, dirección, recuperación de la fe dormida o perdida durante tanto tiempo... en nuestra Diócesis de Ourense es una de las experiencias más gratas y evangelizadoras que se desarrollan... Ojalá, en este Adviento, tengamos la nueva posibilidad de vivirla preparando el gran acontecimiento del Nacimiento del Señor. Esta experiencia de silencio, de respeto y reverencia sagrada, de adoración cordial, de cantos orantes, de calidez comunitaria, pueden y deben enseñar a

celebrar nuestra Liturgia que está necesitada, no de inventos, si no de apertura a Dios.

En quinto lugar, la gente cuando empieza a tener o vivir la fe, necesita orar y expresar su común identidad cristiana, sobre todo cuando se va disolviendo esta cada día más y más, y no sólo, no le importa hacerlo en grupo, sino que lo necesita. El papa Francisco, insiste mucho en el gusto por ser pueblo de Dios (cf. EG 268). Y ello requiere comportamientos compartidos, comunes de todos, aquí en Ourense, allí en Roma, o allá en Venezuela o en Rabat. Por ello, de esa sensibilidad, hemos de aprender para que nuestras Misas, nuestra Liturgia, sea como dijo el gran A. M. Martimort: *la Oración de la Iglesia*. La Iglesia canta, no canta sólo el corito o el solista, cantan a Jesucristo y lo hacen todos. La Iglesia reza: lo hace, en primer lugar, el sacerdote que no es un *leedor* del Misal, y se le ve dirigiéndose a Dios unido a su Maestro y Señor, Jesús. Lo hacen los fieles asintiendo con lo que oyen, con sus *amenes*, poniéndose de pie o arrodillándose. La Liturgia volverá a ser centro, si se sabe, se cree, se adora, el hecho de que en ella se está realizando la obra de nuestra salvación (cf. SC 2).

En sexto lugar, volver al gusto por rezar durante el día, con la Liturgia de las Horas (ayudarles a descubrir a nuestros laicos esta oración común de la Iglesia), desde el libro a una aplicación móvil. Cantar a Dios himnos, salmos y cánticos inspirados, como pedía el Apóstol Pablo a sus comunidades (cf. Ef 5,19). Preparar el camino al Señor para que vuelva a entrar en nuestra Liturgia y levantar el corazón al Padre, serán las condiciones para que la Liturgia sea el centro santificador y de verdadero culto a Dios en nuestras comunidades, por modestas que sean, se celebre o no todos los domingos, recordándonos que la Liturgia favorece la contemplación y adoración del misterio sin necesidad de celebración eucarística.

En definitiva, a la Liturgia no le falta nada en sí misma, Cristo está comprometido en ella desde su exaltación gloriosa, “lo que hace bien”. A la Liturgia le faltan hombres y mujeres de fe, y ministros del Señor, no ministros de las mil tareas, menos del espectáculo o la rutina dominical. Le faltan fieles que le alaben, le bendigan, le adoren y busquen con su vida colaborar con la extensión del Reinado de Dios. Hemos querido con estas seis pinceladas, bien concretas, apuntar caminos para favorecer la verdad de esa centralidad de la Liturgia en la vida de la Iglesia.

La liturgia, fuente de espiritualidad

Jorge Juan Pérez Gallego

San Ambrosio enseñaba: “*ni Cristo sin el Espíritu, ni el Espíritu sin Cristo*”. Esta afirmación que nos puede parecer evidente nos aleja del peligro de una espiritualidad (vida en el Espíritu) desencarnada del misterio de Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre; y al mismo tiempo, nos sitúa en el corazón de la espiritualidad litúrgica, que es la celebración cristiana del misterio de Jesucristo.

Nuestra espiritualidad litúrgica es la misma espiritualidad cristiana en su esencia sacramental y eclesial. Se fundamenta en la acción y presencia del Espíritu Santo en la acción litúrgica, y por tanto en la Liturgia de la Iglesia que integra el misterio, la acción y la vida, en una sinergia de donación y encuentro en la que los protagonistas son el Padre, Jesucristo, el Espíritu y la Iglesia.

A continuación, para comprender mejor esta breve introducción, haremos una distinción en cuatro epígrafes, pero no con la finalidad de separar sino con la de clarificar para integrar en la unidad de la celebración litúrgica: acción del Espíritu, misterio de Jesucristo, sacerdocio eclesial y vida de los fieles.

a) *La acción del Espíritu*

El Espíritu Santo comporta en la vida de todos los fieles un triple efecto: la *santificación*, la *consagración* y el *culto*, ya que Él obra siempre en cada uno de nosotros ese proyecto de *unidad*

intima que misteriosamente realiza entre *Cristo* y *la Iglesia*.

Este triple efecto está presente en toda celebración litúrgica, de ahí que la Liturgia nos ofrezca un *perpetuo Pentecostés a través del tiempo y del espacio* por el que somos configurados con Cristo.

El Espíritu Santo hace la Palabra de Dios viva y eficaz en cada uno de los que participamos en la acción litúrgica (cf. *Heb 4,12*). La palabra proclamada no sería acogida en los fieles sin la acción del Espíritu.

La Liturgia como *signum efficax Spiritus* va tejiendo la vida de los fieles y de la Iglesia de gracia y santidad, y la transforma en historia de salvación personal y comunitaria. El Espíritu Santo se nos comunica en la comunidad y nos acompaña en la comunión con toda la Iglesia. El Espíritu que edifica y congrega a la Iglesia va formando en nosotros una espiritualidad eclesial y comunitaria que nos guía al Padre, por medio de Cristo y en comunión con los hermanos, lejos de cualquier forma de espiritualidad intimista o desencarnada.

La espiritualidad litúrgica tiene una característica clave que es la objetividad del Espíritu Santo. No pocas veces se olvida esta dimensión considerando que las realidades espirituales (del Espíritu) son siempre impredecibles y marcadas por el sello de lo momentáneo o subjetivo.



b) *El misterio de Jesucristo*

Todo el misterio de Cristo, en su unidad e integridad, se hace presente en cada celebración litúrgica llegando hasta nosotros su “Luz” (Palabra y Sacramento) y su “Don” (Espíritu). Su celebración nos introduce en el misterio de amor intratrinitario de Dios pues nos permite conocerlo y experimentarlo sacramentalmente presente. En ella el Resucitado sale al encuentro de su Comunidad; por eso la Liturgia, en sus ritos y oraciones, no se reduce a mera ritualidad sino que nos garantiza la presencia del Señor resucitado “*in misterio*” y su encuentro con la comunidad cristiana.

La presencia del Espíritu en la Liturgia llena de vida espiritual la existencia cristiana cuando esta se abre al Don de Dios, y la marca con el sello de la objetividad de la donación de Jesucristo y de su misterio, como hemos dicho. El Espíritu Santo es clave para que el *memorial* de Jesucristo sea vital y se haga realidad en la Iglesia, y su celebración produzca frutos en la vida de los fieles.



c) *El sacerdocio eclesial*

La liturgia cristiana es el encuentro del sacerdocio de Cristo y del sacerdocio de la Iglesia. Celebrando el misterio de Jesucristo, la Iglesia profesa y anuncia su fe de modo dinámico participando de aquellos misterios y acciones con los que ha sido redimida y salvada por el Hijo de Dios. Esta celebración tiene un ciclo anual en la vida de la Iglesia que llamamos “año litúrgico”,

y que nos es ofrecido como un verdadero camino sacramental y espiritual. Por él podemos asimilar y vivir a Cristo que se hace contemporáneo nuestro¹.

El Espíritu Santo que vive en la Iglesia y ora en nosotros posibilita el sacerdocio eclesial, y es el “*alma*” *del nuevo pueblo de Dios* que ofrece al Padre un culto permanente en *espíritu y en verdad*. Es el mismo Espíritu el que une el cielo y la tierra, ya que presente y vivificante en la *acción litúrgica* hace de nuestra liturgia terrena una realidad celestial. En ella todos los creyentes renovamos nuestra vocación común y particular por el sacerdocio bautismal y el ejercicio de los diversos ministerios.

d) *La vida de los fieles*

Como cristianos somos seguidores de Jesús, y este seguimiento no se puede entender tan sólo desde una clave moral, sino desde una realidad más profunda de configuración con Jesucristo. Él es el protagonista de *nuestra* espiritualidad y por medio del Espíritu Santo nos va uniendo y conformando consigo desde la *alabanza*, el *ofrecimiento* y el *seguimiento*. Estos tres aspectos de nuestra Liturgia se han de integrar espiritualmente en nuestra existencia cristiana cotidiana, manifestando que Jesucristo es el Señor (el *Kyrios*) del tiempo y de la historia, pero también el Señor de nuestra vida convirtiéndola en una historia de salvación.

La Liturgia integra toda la vida del creyente, y junto con la glorificación de Dios se ordena a su santificación y salvación. La Liturgia nos sitúa en el seguimiento cotidiano de Jesucristo como algo real y posible gracias al Don del Espíritu Santo. Caminando hacia el Padre con nuestra vida (imitación de Cristo) y espiritualidad (crecimiento y madurez en el Espíritu), estamos llamados a convertirnos en el mejor ejemplo de la eficacia de la gracia significada y comunicada a través de la Liturgia de la Iglesia que nos anticipa y proyecta hacia la plenitud de Dios. Es así, forjados en la escuela de la Palabra proclamada y celebrada, de las oraciones, ritos y símbolos, como hemos de ir progresando en nuestro dinamismo espiritual y convirtiéndonos en una *custodia visible de la invisible presencia y acción del Espíritu Santo*.

¹ El Profesor Dr. D. Ramiro González Cougil, sacerdote de nuestra Diócesis de Ourense, tiene una hermosa publicación a este respecto: “*El año del Señor y su vivencia. Los textos, los símbolos, su sentido y significado*”, Santiago de Compostela 2015.

Me parece oportuno reflexionar actualmente sobre el ejercicio del sacerdocio común, mediante la vivencia activa y comunitaria de los Sacramentos. Estos son esencialmente los signos de la nueva y eterna Alianza que hacen posible que “*se congreguen en la unidad los hijos de Dios que están dispersos*”¹. De este modo, “*la renovación de la Alianza del Señor con los hombres en la Eucaristía introduce e inflama en los fieles la apremiante caridad de Cristo*”² de forma que vengan a ser a su vez signos y testimonio de esperanza en su empeño por la unidad. Concretamente, toda celebración sacramental nos urge a vivir estas palabras del Apóstol: “*Un solo cuerpo y un solo Espíritu, así como también fuisteis llamados a una sola esperanza, la de vuestra vocación*”³.

Hay que reconocer que nuestras comunidades cristianas sufren actualmente un abandono muy significativo de la práctica sacramental. Es urgente, por tanto, en una línea de nueva tarea evangelizadora, recuperar en el seno de la comunión eclesial una mayor y más fructuosa participación en las diversas celebraciones sacramentales. Por medio de los Sacramentos, celebrados activa y fructuosamente, el fiel cristiano camina por la senda de la santidad en su existencia más íntima y en todas sus relaciones con Dios y con el prójimo. Destacar la dimensión sacramental nos protege contra la tentación de situar la comunión eclesial en una perspectiva sociológica o exclusivamente doctrinal. Recordemos, pues, la dimensión eclesial y comunitaria de los Sacramentos.

Los Sacramentos de la Iniciación Cristiana

Ser cristiano es primordialmente estar injertado en el misterio de Cristo muerto y resucitado. En este sentido, “*la Iniciación Cristiana no es otra cosa que la primera participación sacramental en la muerte y resurrección de Cristo*”⁴. Se trata de una incorporación progresiva al acontecimiento de nuestra salvación. En la religión cristiana la

iniciación al misterio se realiza principalmente en las acciones sacramentales.

Por el Bautismo somos miembros del Cuerpo de Cristo. Mediante este Sacramento tiene lugar nuestra inserción personal en la nueva y eterna Alianza, como miembros del Pueblo elegido. Los bautizados están llamados a vivir su condición eclesial de modo consciente, como “*piedras vivas*” para “*edificación de un edificio espiritual, para un sacerdocio santo*”⁵. Unido de por vida a la Iglesia, el bautizado ha de estrechar y fortalecer cada día sus vínculos de pertenencia a la Iglesia. Más todavía, el fiel cristiano, renacido por el Bautismo como hijo de Dios, está llamado a testimoniar delante de los hombres la fe recibida de Dios en el seno de la Iglesia.

Por su parte, el sacramento de la Confirmación opera cada vez más ese crecimiento en Cristo, mediante la acción del Espíritu que intercede, santifica, desarrolla y unifica a la Iglesia y a cada uno de sus miembros. La Confirmación significa la afirmación y la perfección de una obra única, iniciada en la fe del Bautismo, en la comunidad y en cada uno de sus miembros. La Confirmación nos exige un testimonio verdadero.

La Eucaristía es signo eficaz de comunión. Por un lado acrecienta nuestra unión con Cristo. Si nos alimentamos de Cristo permanecemos en Él: “*Quien come mi Carne y bebe mi Sangre permanece en mí y yo en él*”⁶. Por otro, la Eucaristía es fuente viva e inagotable de comunión eclesial. Mediante la participación activa y fructuosa en la Eucaristía, los fieles cristianos se vinculan más estrechamente a la Iglesia y entre sí. Como nos recuerda el Apóstol: “*El cáliz de bendición que bendecimos ¿no es acaso comunión con la sangre de Cristo?, y el pan que partimos ¿no es comunión con el Cuerpo de Cristo? Porque aun siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan*”⁷. Con toda razón se puede afirmar que la Eucaristía crea comunión y educa para la comunión.

5 1Pe 2,5.

6 Jn 6,56. Como enseña el Catecismo: “La vida en Cristo encuentra su fundamento en el banquete eucarístico: ‘Lo mismo que me ha enviado el Padre, que vive, y yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por mí’ (Jn 6,57)”, CIC. n.1391.

7 1Cor 10,16-17; cf. CIC. nn.1395-96.

1 SC. n.2; cfr. Jn 11,52.

2 SC. n.10.

3 Ef 4,4.

4 *Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos*, n.8.

Los Sacramentos de curación

La economía sacramental, tal como la dispuso el Señor Jesús, está presente en las diversas circunstancias de la vida humana. Así, mediante el Sacramento de la Penitencia el cristiano pecador, además de reconciliarse con Dios, se reconcilia con la Iglesia a la que, pecando, había ofendido. Según el plan salvífico de Dios, los hombres se hallan unidos entre sí por lazos sobrenaturales. En consecuencia, el pecado de uno afecta también a los demás, como la santidad de uno también beneficia a los otros miembros del Cuerpo de Cristo. De este modo la Penitencia implica siempre la reconciliación con los hermanos. Todo pecado rompe, en mayor o menor escala, la comunión con los hermanos.

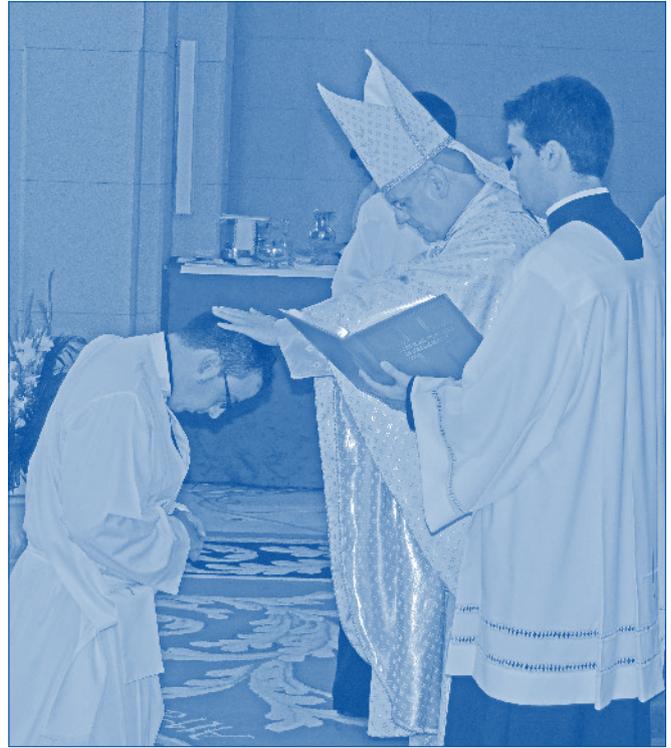
La persona enferma es un miembro de la Iglesia. La Liturgia de la Unción de Enfermos no es una liturgia de muerte, sino de salud y de vida; de vida como miembros de Cristo y de la Iglesia. Por el Sacramento de la Unción de Enfermos se le ofrece a la Iglesia el regalo inestimable de la mediación de sus propios miembros sumidos en el dolor y la enfermedad que, unidos a la pasión y muerte de Cristo, contribuyen al crecimiento en profundidad del pueblo de Dios.



Los Sacramentos al servicio de la comunidad

Aquellos fieles cristianos que son sellados por el Orden sagrado sirven los signos eficaces de salvación a los fieles cristianos, actuando en representación de Cristo. Por su parte los cónyuges cristianos, por el Sacramento del Matrimonio, viven un camino auténtico de santidad. De esta unión brotan nuevos ciudadanos de la sociedad humana y de la Iglesia.

Todos los Sacramentos, como no podía ser de otra forma, conllevan una dimensión y una finalidad eclesial. Poseen, por tanto, una dimensión comunitaria.



“O que vimos e oímos, iso vos anunciamos”.

A Liturxia, escola de fe

Manolo Rodicio

“Por último, a comunidade evanxelizadora gozosa sempre sabe «festexar». Celebra e festexa cada pequena vitoria, cada paso adiante na evanxelización. A evanxelización gozosa vólvese beleza na liturxia no medio da esixencia diaria de estender o ben. A Igrexa evanxeliza e evanxelízase a si mesma coa beleza da liturxia, a cal tamén é celebración da actividade evanxelizadora e fonte dun renovado impulso donativo” (EG 24).

Cuestionamento da Liturxia

“A min iso da Liturxia... Porque xa se sabe, hoxe hai unha volta ó fundamentalismo, a Liturxia, ós trapos, cando o que importa é medrar na fe” Quen non escoitou frases coma estas, nestes últimos anos? Ou mesmo participou mostrando acordo...

Liturxia versus Evanxelización; Sacramentos versus Misión; Caridade versus Contemplación; Marta versus María.

Decididamente somos persoas do “ou”, da disxunción, da polaridade de contrarios. Sen querer ou querendo, definímonos fronte ó outro. Iso si: primeiro debuxamos o outro, adornámolo convenientemente de matices repelentes ata facelo odioso e despois: “Leña ó mono...”. Porque é fácil ridiculizar a Liturxia. Xa o fixera con éxito un filósofo existencialista cando narra unha Misa a mediados do século pasado, describindo mulleres maiores que envoltas en panos negros van a un lugar escuro bisbeando palabras inintelixibles e contemplando a un home vestido con roupaxes doutros tempos e bebendo viño. Recordo como feriron esta palabras o meu corazón de xoven crente, pero como negar que algo de lóxica tiñan? Moito me temo que iso é así para moita xente de hoxe...

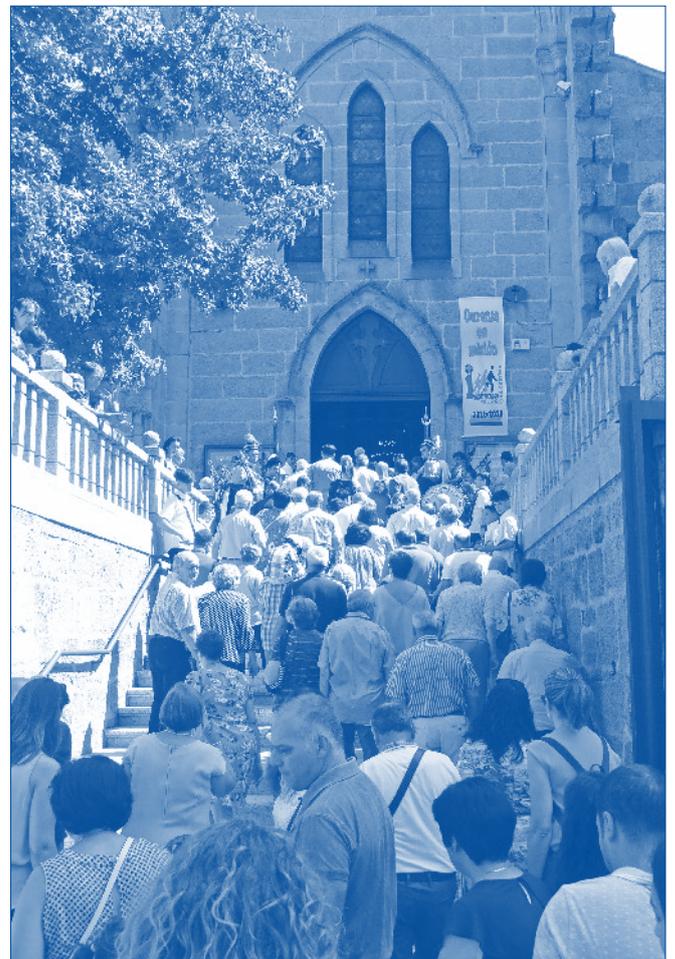
Cunha Liturxia así acometer acoso e derribo é fácil, moi fácil.

Aclarando conceptos

É ben certo que podemos mesturar conceptos e por iso convén aclarar cousas. Non é o mesmo medrar na fe que evanxelización, nin evanxelización que misión, anque debemos recoñecer que moito

ten que ver a moda do momento. Foi a *Evangeliu Nunciandi* a que puxo de moda o tema a tal punto que se popularizou o concepto de evanxelización englobando todo. Herdeira desta historia é a *Evangeliu Guadium* que, recollendo o dito no Sínodo dos Bispos, fálanos de tres ámbitos da evanxelización:

“[Os ámbitos da Nova Evanxelización.] **En primeiro lugar**, mencionemos o **ámbito da pastoral ordinaria**, ... dos fieis que regularmente frecuentan a comunidade e que se reúnen no día do Señor. Tamén se inclúen neste ámbito os fieis que conservan unha fe católica intensa e sincera, expresándoa de diversas maneiras, aínda que non participen frecuentemente do culto... **En segundo lugar**, lembremos o ámbito de «**as persoas bautizadas que non viven as esixencias do Bautismo**», non teñen unha pertenza cordial á Igrexa e xa non experimentan o consolo da fe. A Igrexa, como nai sempre atenta, empéñase para que



vivan unha conversión que lles devolva a alegría da fe e o desexo de comprometerse co Evanxeo...

Finalmente, remarquemos que a evanxelización está esencialmente conectada coa proclamación do Evanxeo a **quen non coñecen a Xesucristo ou sempre o rexeitaron.**” (EG 14)

Segundo di o Papa, a Evanxelización entendida como crecemento na fe vai dirixida ós dous primeiros grupos... que son nos que habitualmente nos movemos. Polo tanto ten moito sentido falar de Evanxelización como invitación a medrar na fe.

Dito isto é fácil identificarse cos que din: “A min o que me interesa é a evanxelización, a misión, a fe”. E como non! A Igrexa naceu para evanxelizar. Ben o dicía xa *Evangelii Nunciandi* 14: “...Nós queremos confirmar unha vez máis que a tarefa da evanxelización de todos os homes constitúe a misión esencial da Igrexa... Evanxelizar constitúe, en efecto, a dicha e vocación propia da Igrexa, a súa identidade máis profunda. Ela existe para evanxelizar”. Queda claro: a Igrexa nace para evanxelizar, para transmitir a fe e axudala a medrar.

A Liturxia

Sendo importante a Evanxelización, a Liturxia é fundamental na vida da Igrexa, porque a Liturxia é a actualización da obra da salvación e o culto que a Igrexa lle rende a Deus, unida ó Cristo Supremo e Eterno Sacerdote, da que a Igrexa toma toda a súa forza evanxelizadora e cara á cal ela conduce a súa misión (SC 7 e 10). A Liturxia é un servizo a Deus e aos homes que nos introduce á vida nova da comunidade.

Digámolo con palabras do papa Francisco: “[A celebración litúrxica] non é un bo acto social, e non é unha reunión de crentes para rezar xuntos. É outra cousa... Na liturxia eucarística Deus está presente... cunha presenza real. [E] cando falo de liturxia refírome principalmente á santa misa. Cando celebramos a misa, non facemos unha representación da Última Cea... [A misa] non é unha representación; é outra cousa. É propiamente a Última Cea; é precisamente vivir outra vez a paixón e a morte redentora do Señor. É unha teofanía: o Señor faise presente no altar para ser ofrecido ao Pai para a salvación do mundo.” (Misa en Santa Marta o luns 10 de febreiro de 2014)

Entón a Liturxia non só é importante senón que é crucial. É escola de crecemento na fe, sen lugar a dúbidas. Por que resulta tan cuestionada?

Concluindo

Enumero dous posibles problemas.

1. Frecuentemente celebramos a Liturxia a presa e dun xeito rutineiro.

Son poucos os curas e moitas as Misas na fin de semana. Ademais moitas Igrexas son tremendamente frías e pouco acolledoras. Certo. Haberá que dar pasos afrontando estas dificultades que para nada negan o valor da Liturxia. Simplemente nos piden dilixencia e decisións oportunas para cambiar o que está mal.

E valga unha anécdota que pode ilustrar. Trátase dun consello que lle daba un cura de poucos anos a un cura que iniciaba o ministerio: “Se celebras cada día crendo firmemente que aí está Deus, a xente acabará cuestionándose e crendo”.

2. Moitos dos chamados cristiáns, non entenden os ritos.

O primeiro que tiñamos que facer é educar para poder entrar no *Mysterion*. O Papa leva xa un montón de catequeses sobre a Misa. E nós?

E ó lado disto: coidar os tempos, o canto (que non é un adorno), o ambiente, os ministerios, todo... Porque todo pode falar de Deus e axudar a medrar na fe se é adecuadamente presentado. E todo pode quedar nun vulgar rito baleiro se non logramos facernos entender. (Ou peor, se non nos entendemos nin nós mesmos).

Remato con dúas cousiñas que poden iluminarnos:

Sempre me chamou a atención a exéxisis que do texto de Marta e María fai Santa Tereixa de Xesús: “*creedme, que Marta y María han de andar juntas para hospedar al Señor y tenerle siempre consigo, y no le hacer mal hospedaje no le dando de comer*” (cf. Castillo interior, «Moradas séptimas», IV, 12). E desexa que toda a súa comunidade relixiosa e cristiá sexa como a casa de Betania onde Cristo está presente escoitando como María e servindo ós irmáns como Marta.

Unha segunda é relatar a experiencia de celebrar a Misa nun parque por máis dun ano ó estragarse a Igrexa por un terremoto. Unha persoa que en conversa privada manifestoume: “*Padresito, me gusta venir a esta Misa porque el canto, lo que dice el sacerdote y lo que aquí se hace, me llena y me acerca a Dios. Venir a Misa hace crecer mi fe y me da fuerzas para vivir la semana*”. E o número dos que viñan a Misa medraba cada domingo.

Penitencia y Unción de enfermos, sacramentos necesitados de sanación

Óscar Martínez Caamaño

Al contemplar la vivencia de los Sacramentos de sanación en nuestras comunidades cristianas, tenemos que reconocer que, francamente, no lo hemos hecho bien, no hemos sabido transmitir estas celebraciones como un momento gozoso de encuentro con Jesucristo Resucitado que se acerca ofreciéndonos una palabra de sanación y de perdón.

En el número anterior de Pastoralia, reflexionábamos sobre la necesidad de la renovación del Sacramento de la Unción, constatando la necesidad de renovarlo en su nomenclatura, en su praxis y en la necesidad de integrarlo en un verdadero acompañamiento de la persona que sufre o avanza en los días de su calendario personal. En este pequeño artículo, sin apartarnos totalmente de este Sacramento, nos centraremos principalmente en el de la Penitencia. Dividiremos el artículo en dos partes: una mirada a la realidad donde contemplaremos nuestra praxis actual y una segunda, en la que enumeraremos algunas claves o aspectos que pueden facilitar la renovación de la vivencia de los Sacramentos de Sanación.

1.-Una mirada a nuestra realidad

Hacer una revisión sobre la praxis y la vivencia del Sacramento de la Penitencia nos lleva necesariamente a mirar la celebración, el espacio en el que se lleva cabo, y la vivencia por parte de los ministros y de los fieles que a ella se acercan.

1. *Una mirada a la celebración del Sacramento*

La reforma litúrgica propiciada por el Concilio Vaticano II supuso una importante renovación en la celebración buscando “*que el rito y las fórmulas de la penitencia expresen más claramente la naturaleza y efectos del sacramento*”¹. El ritual fruto de dicha reforma propone tres modos o tipos de celebración. Una primera para reconciliar a un solo penitente, una segunda para varios penitentes con confesión y absolución individual y una tercera, de carácter extraordinario, que el ritual denomina para muchos penitentes con confesión y absolución general, la cual es denominada extraordinaria y para situaciones muy concretas.

El primer modo “*Rito para reconciliar a un solo penitente*”², sigue siendo el mayoritario en nuestra praxis pastoral. En el Ritual se enumeran seis partes de esta celebración: una acogida, la lectura de la Palabra de Dios, la Confesión de los pecados, la oración del penitente, la imposición de manos y concluye con la Acción de Gracias y despedida. Después de más de cincuenta años cabe una pregunta: ¿hemos acogido los sacerdotes esta celebración tal y como nos la presenta el Ritual? ¿Hacemos verdadera proclamación y escucha de la Palabra de Dios durante la celebración, o nos remitimos en el mejor de los casos a una cita esporádica? ¿Cuidamos la acogida, motivamos al penitente a caer en la cuenta que está ante la presencia de Dios que lo acoge y abraza con misericordia? Creo que cuidar de un modo particular estos dos aspectos nos ayudarán a profundizar en el verdadero sentido y a mejorar la vivencia personal del sacramento, evitando reducirlo a algo parecido a un “trámite burocrático”. Cuidar la acogida y la escucha, ayudando al penitente a profundizar en la verdad de su vida, le ayudará a encontrarse verdaderamente con el rostro de Jesucristo.

En cuanto al segundo modo de la celebración “*Rito para reconciliar a varios penitentes con confesión y absolución individual*”³, hemos de reconocer que se ha avanzado mucho y son frecuentes estas celebraciones en nuestras comunidades, incluso en las más pequeñas y de ámbito rural, particularmente en el tiempo litúrgico de la Cuaresma. Es cierto que nos quedaría cuidarlas un poco más en su preparación y en su frecuencia, sería una hermosa manifestación de esa Iglesia que se siente pecadora reconciliada y no corrupta (en cuanto convive fácilmente con el pecado) como nos recuerda el papa Francisco. Al mismo tiempo es una oportunidad bellísima para manifestar y comprender las implicaciones comunitarias de nuestro pecado y también nuestra responsabilidad en lo que San Juan Pablo II llamaba estructuras de pecado⁴. El tercer modo “*Rito para reconciliar a muchos penitentes con confesión y absolución general*”⁵ dado su carácter extraordinario apenas tiene significancia y lugar en nuestras comunidades.

2 Ritual de la Penitencia 83.

3 Ritual de la Penitencia 105.

4 Cf. SRS 36, ReP 16.

5 Ritual de la Penitencia 148.

1 SC 72.

2.- Una mirada a los espacios celebrativos

Detenemos ahora nuestra atención en los espacios destinados a la celebración del Sacramento de la Penitencia. En el Ritual se habla de lugar o sede específicos para la celebración del Sacramento. Es raro por desgracia encontrarnos con lugares adecuados para la celebración de la Reconciliación. No es lo común encontrarnos con espacios amplios y acogedores que faciliten el encuentro. Muchas de nuestras sedes penitenciales son reducidas, oscuras, incómodas, no adaptadas para las personas mayores con problemas de oído...; es cierto que no es imprescindible la sede penitencial, pero es recuerdo permanente de la misericordia y el perdón de Dios. Sería necesario también el ir implantando en nuestros templos otros modelos de espacio y acogida que cuiden el aspecto físico y humano y ayuden así a una verdadera experiencia de sanación.

3.- Una mirada a los tiempos para la celebración

En el ámbito urbano, fácilmente nos encontramos con horarios para acercarnos al Sacramento de la Reconciliación; en el ámbito rural, es más bien escaso o inexistente; sin embargo, todos somos conscientes de que a veces no es fácil encontrar confesor. Es importante que cuidemos el tiempo que damos en nuestros horarios parroquiales a la celebración del Sacramento de la Reconciliación y es necesario por parte de los sacerdotes el ser celosos en cumplirlo. Encontrarnos con un horario amplio y conocido ayuda a que los fieles se acerquen al sacramento⁶. No es fácil, humanamente hablando, llamar a un timbre o manifestar la necesidad de ser reconciliado. De hecho apreciamos que muchas de las personas que se confiesan lo hacen en el mismo lugar porque saben que tienen la posibilidad, que suele haber un confesor. Los Presbíteros somos conscientes de que muchas veces la falta de penitentes puede darnos la impresión de que el permanecer en el confesonario puede ser tiempo perdido, pero contemplémoslo como un signo profético que manifiesta la espera de Dios por cada uno de nosotros.

2.- Algunas claves para revitalizar los Sacramentos de Sanación

Presentamos ahora dos claves o aspectos que hemos de cuidar en nuestra pastoral que nos pueden ayudar a revitalizar la vivencia de los Sacramentos de Sanación.

1.-Formación

Lo hemos citado tantas veces, pero no por ello lo hemos asumido: “*el gran mal de nuestra época*

es la falta de la conciencia de pecado” (Pío XII). Necesitamos cuidar la formación de nuestro pueblo creyente. Fácilmente nos encontramos con personas que no saben lo que es el pecado o hacen una reducción simplista a una serie de actos sin mayor reflexión, actos que muchas veces han aprendido como una lista de cosas malas. Nos encontramos con muchas personas que se acercan al Sacramento y no saben confesarse. La falta de formación les lleva a vivirlo como un ritualismo o formalidad, lo cual impide que la vivencia sea gozosa, se experimente realmente la misericordia de Dios. Es necesario cuidar la formación de la conciencia y de la realidad del pecado ya desde la misma catequesis⁷, adecuándonos a la persona. Nadie ama lo que no conoce. Es cierto que no cuestionamos la validez y efectividad del Sacramento, pero sí la vivencia, la significatividad en la vida personal, sin la cual no es posible experimentar la necesidad de acercarse a recibir la gracia. Cuidar la formación de nuestro pueblo es un elemento indispensable sin el que una renovación de estos Sacramentos no será posible.

2.- Acompañamiento

Aunque ya lo hemos apuntado anteriormente, sería necesario cuidar más el acompañamiento de las personas. La cercanía, la preocupación, un clima de humanidad ayudarán muy positivamente en la renovación de la praxis y vivencia de estos Sacramentos. Si existe una cercanía, un acompañar la vida de las personas es más fácil en un determinado momento el proponer-invitar a acercarse a la misericordia de Dios. Resulta más sencillo a los ancianos y enfermos proponerles que en su fragilidad se dejen acompañar por la gracia de Dios cuando somos de verdad compañeros en su camino, cuando estamos presentes en su vida y no aparecemos al final como el que viene a anunciar el final. Pero también a todos nos ayuda la cercanía y el consejo fraterno para saber profundizar en el misterio de la vida personal y reconocer la necesidad de reconciliarse con Dios.

Cuidar estos aspectos por parte de los Agentes de pastoral será importante para ayudar al pueblo de Dios a experimentar la presencia misericordiosa de Dios en su vida, facilitará el romper ciertos muros y miedos que existen hacia estos Sacramentos y, sin duda, posibilitará la experiencia gozosa del encuentro con el Resucitado.



6 Ritual de la Penitencia. Praenotanda 13.

7 Cf. Instrucción *Dejaos Reconciliar con Dios* 69.

O noso obxectivo

Con estas escasas liñas non pretendo facer fundamentos teolóxico-bíblicos para abordar este tema. Tampouco elaborar unha profundización en ciencia litúrxica para unha fundamentación de cara a pórse mans a obra para orar nas nosas comunidades o rezo de algunha parte da Liturxia das Horas. Todo isto podémolo atopar en centos de publicacións de persoas expertas na materia.

Antes de seguir gustárame citar unha frase que compartiu comigo un irmán sacerdote, medio en serio medio en broma. Foi a seguinte: “O exceso de análise crea parálise”. Ás veces dámoslle tantas voltas ás cousas, facemos análises moi sesudas, ou discursos moi elaborados, que cando os rematamos a situación xa mudou, ou non temos forzas para pasar á acción. Ou o que sería peor. Que preferimos engaiolarnos con discusións teóricas e de academia (nas que nos sentimos seguros e non nos esixen “parresía”) antes que pasar ao terreo da acción que nos compromete algo máis.

Por iso respecto a este tema de empezar a orar a Liturxia das Horas no ámbito da parroquia, simplemente podería compartir a miña experiencia nas parroquias onde estiven e onde estou. E tamén a reflexión que podo extraer ao respecto.

Dúas pequenas experiencias

A primería foi nos meus tempos de crego na Parroquia de Santa María de Xunqueira de Espadañedo. Iniciamos a orar as Laudes o mércores e as II Vésperas do Domingo.

“Resultados” visibles.

- Un grupiño pequeno de mulleres maiores participaban na oración os domingos pola tarde, e algunhas máis e máis novas os mércores pola mañá nas Laudes (integrábase na Misa).
- Algunha referiu que ese contacto coa Palabra lle axudara a orar dun xeito novo e diferente.
- O feito de ter materiais publicados fixo que os días que eu non estaba rezasen elas.
- E, polo que sei, algún tempo despois

continuaban apoiadas por un sacerdote xubilado da parroquia.

“Resultados” non visibles. Só Deus sabe.

A segunda experiencia está dando os primeiros pasos na parroquia de San Cíbas das Viñas, onde me atopo neste intre. Despois de catro anos na parroquia estamos aínda iniciando este camiño. Estamos orando as Laudes dos mércores.

Volvo insistir, despois desta pequenísima experiencia pararémonos a facer unhas pinceladas para alentar neste camiño, non fácil pero posible. En Ourense cidade hai parroquias que veñen facendo isto dende fai moitísimos anos. Lembro que na miña parroquia natal, a Santísima Trindade, xa se facía cando eu era adolescente. (Hai outras). Estes comentarios pretenden ser unha rápida reflexión sobre o que é necesario, o que se pode esperar, e desde que actitudes hai que facelo.

Pequenas pinceladas para camiñar

- Nada é imposible en ningún lugar onde haxa persoas.
- É imprescindible a “parresía” respecto da oración. Estar convencido un mesmo e propolo sen medo. E sen esperar grandes éxitos humanos. Simplemente querer orar con outros.
- Axuda a non propór estilos propios de orar, senon simplemente o da Igrexa. De tal xeito que quen te suceda na parroquia só ten que estar disposto a facer a loanza pública da Igrexa.
- É moi necesario ter moita paciencia cos procesos dos irmáns ata que se afán a estrutura e estilo de orar.
- En principio usar materias moi sinxelos (follas coa estrutura toda seguida, folletos de CPL. Hoxe están as App’s, aínda que moita da nosa xente maior non as usa. A min persoalmente gústame máis o papel).
- Unha das primeiras conviccións que debe ter quen inicie isto (leiga/o, crego, relixiosa/o) é que para ela/el mesma/o é de gran axuda orar con outros. Que se teño que orar a Liturxia das Horas, facelo en comunidade é o seu medio máis natural.

- Vivir a experiencia de comunidade. Os fieis da miña parroquia non son clientes duns servizos relixiosos, senon que son os irmáns que Deus me regalou para ser comunidade de discípulos, entre os que teño a función de pastor.
- Vivir o gozo de encarnarse. Como cregos podemos estar orando coas nosas comunidades cando a nosa casa está no medio deles e non temos que marchar correndo para outro sitio. Penso que axuda moito que fagamos do pobo, barrio o noso fogar (non temos para onde fuxir) e parroquia a túa comunidade. Está moi ben buscar unha comunidade de irmáns presbíteros, pero a comunidade que temos máis preto son os fieis aos que me enviaron.
- Asumir que ás veces estaremos orando sos. E cando sexa así non podemos recoller e marchar como quen vai facer unha obra de teatro e non hai público. Este compromiso ancoranos como pastores desa comunidade.
- Unha gran vantaxe: é moi doado preparar a oración. Non hai que andar comendo nin inventando nada.
- Penso que é moi importante non darse presas, ir con calma, coidar os espazos de silencio e tratar de ir cantando partes que se poida facilmente (himnos, antífonas, respostas das preces...), coidar a contemplación e a beleza.

A modo de conclusión

Para rematar gustárame contarvos unha experiencia que tivemos co noso Bispo emérito D. Xosé Diéguez Reboredo. Acabara a XMM (Xornada Mundial da Mocidade) de Santiago 1989. Un grupo de mozos e mozas da diocese fomos andando desde Ourense, organizados pola Delegación diocesá de mocidade. Algúns eramos seminaristas. Cheos de ilusión e entusiasmo queriamos facer algo para continuar viva aquela experiencia. E uns cantos pensamos en seguir reuníndonos para orar. Escollemos a Catedral por ser casa de todos e non ningunha parroquia en concreto. Non era un grupo, era unha oración onde cada quen podería vir e non vir cando quixera. Os que estiveran se reunirían e orarían.

Chegou o momento de falar co Bispo para comentarllo e pedirlle permiso para facelo na Catedral. Nós íamos todos ilusionados pero sen saber o que duraría aquilo. Así que nun momento da entrevista dixémoslle a D. José: “Non sabemos o que durará isto no tempo” e sen dudar contestounos: “Se vos reunides unha vez soa para orar, xa foi bo”. Aquelo durou anos.

Estas palabras resoan moitas veces aínda en min. Se hai algo bo que poidas facer, empeza. Algo bo unha vez abonda. E co teu esforzo e a forza do Espírito de Deus iremos sendo conducidos a onde Él quere.



Introducción:

En comentarios homiléticos, en reflexiones de retiros espirituales, en guiones litúrgicos, en estudios bíblicos, hemos hablado del tiempo de Adviento por activa y por pasiva. Y sabemos que en este lento proceso de formación vamos avanzando poco a poco cada día más. Sabemos que el tiempo de Adviento es el tiempo de la espera, es el tiempo de conversión y es tiempo de esperanza. Pero, frente a este conocimiento litúrgico teológico, nos damos cuenta de que lo que más directamente nos llega y más influye en nuestras vivencias y sentimientos son las tradiciones, los actos y las devociones que fomentamos por la piedad popular (Cf. *Directorio sobre la piedad popular y la Liturgia*, 90 – 96). Constatamos que la piedad popular es sensible al tiempo de Adviento y subraya el acontecimiento extraordinario por el que el Hijo de Dios se ha hecho niño en el seno de una mujer virgen, pobre y humilde (Cf. *Directorio sobre la Piedad popular y la Liturgia*, 97 – 98).

Expresiones de la piedad popular que ayudan a vivir el tiempo de Adviento

1. La Corona de Adviento:

La colocación de cuatro cirios sobre una corona de ramos verdes, que es costumbre sobre todo en los países germánicos y en América del Norte, se ha convertido en un símbolo del Adviento en los templos católicos. La Corona de Adviento, cuyas cuatro luces se encienden progresivamente, domingo tras domingo hasta la solemnidad de Navidad, es memoria de las diversas etapas de la historia de la salvación antes de Cristo y símbolo de la luz profética que iba iluminando la noche de la espera, hasta el amanecer del Sol de justicia



(cfr. Mal 3,20; Lc 1,78). (Cf. *Directorio sobre la piedad popular y la Liturgia*, 98). Las Coronas de Adviento hacen acto de presencia en la mayoría de las parroquias.

2. Las Procesiones de Adviento

En el tiempo de Adviento se celebran, en algunas regiones, diversas procesiones, que son un anuncio del nacimiento de Cristo. Representaciones del camino de José y María hacia Belén, y búsqueda de un lugar acogedor para el nacimiento de Jesús (las “posadas” de la tradición española y latinoamericana), las representaciones teatrales en los colegios y en algunos pueblos (*Directorio sobre la piedad popular y la Liturgia*, 99). En algunas parroquias se representan algunos cuadros del misterio navideño con los niños del catecismo.

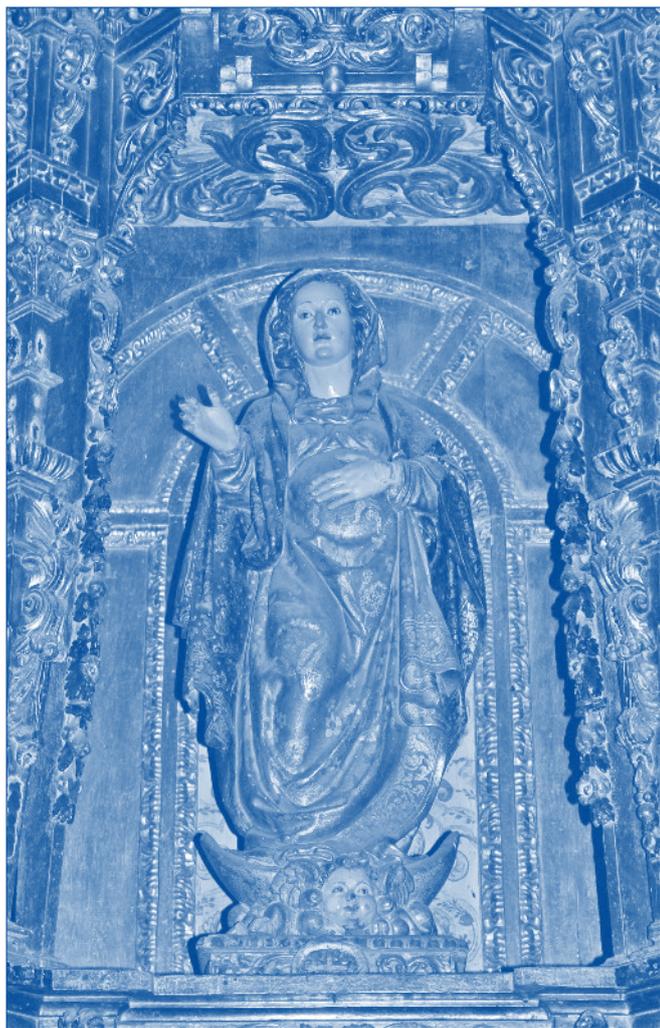
3. Las “Témporas de invierno”

La piedad popular está muy atenta al desarrollo del ciclo vital de la naturaleza: mientras se celebran las *Témporas de invierno*, las semillas se encuentran enterradas, en espera de que la luz y el calor del sol, que precisamente en el solsticio de invierno vuelve a comenzar su ciclo, las haga germinar. Cristo es el sol que hace germinar la salvación en toda la tierra. La piedad popular ha establecido expresiones celebrativas de esta índole y sería bueno aprovecharlas para sacarles todo el jugo catequético y pastoral posible (Cf. *Directorio sobre la piedad popular y la Liturgia*, 100). En Ourense apenas tenemos tradición de estas celebraciones. Se aproximan la fiesta de la *luz de Belén* y la celebración de *sembradores de estrellas*. La fiesta de fin de año tiene connotaciones menos cristianas.

4. La Virgen María en el Adviento

Durante el tiempo de Adviento se exalta la actitud de fe y de humildad con que María de Nazaret se adhirió, total e inmediatamente, al proyecto salvífico de Dios; subraya su presencia en los acontecimientos de gracia que precedieron el nacimiento del Salvador. También la piedad popular dedica, en el tiempo de Adviento, una atención particular a Santa

María; lo atestiguan de manera inequívoca diversos ejercicios de piedad, y sobre todo las novenas de la Inmaculada. La solemnidad de la Inmaculada da lugar a muchas manifestaciones de piedad popular, cuya expresión principal es la novena de la Purísima. La fiesta de la Concepción purísima y sin mancha de María como preparación fontal al nacimiento de Jesús, se armoniza bien con algunos temas principales del Adviento (Cf. *Directorio sobre la piedad popular y la Liturgia*, 100 – 102). En nuestra Diócesis celebramos la novena y la Vigilia de la Inmaculada.



5. La Novena de Navidad

Sería deseable que en los días 17 al 23 de diciembre se solemnizara la celebración de las Vísperas con las *antifonas mayores* y se invitara a una mayor participación de los fieles. Esta celebración sería una excelente *novena de Navidad* plenamente litúrgica y atenta a las exigencias de la piedad popular. En la celebración de las Vísperas se pueden desarrollar algunos elementos, tal como está previsto (p. ej. homilía, uso del incienso, adaptación de las preces) (Cf. *Directorio sobre la piedad popular*

y la *Liturgia*. 103). Esto puede hacerse en los monasterios y conventos, también en alguna comunidad parroquial.

6. El Nacimiento del Salvador:

Como es bien sabido, además de las representaciones del pesebre de Belén, que existían desde la antigüedad en las iglesias, a partir del siglo XIII se difundió la costumbre de preparar pequeños nacimientos, sin duda por influencia del “nacimiento” construido por San Francisco de Asís en el año 1223. Los nacimientos en las Iglesias y en los hogares son una ayuda magnífica para entrar en contacto con el misterio. En Ourense la bendición de la imagen del niño Jesús por el Sr. Obispo en la Catedral invita a todos los niños a hacer belenes en cada hogar (Cf. *Directorio sobre la piedad popular y la Liturgia*, 104).

7. La piedad popular y el espíritu del Adviento

La piedad popular puede contribuir eficazmente a salvaguardar algunos de los valores del Adviento, amenazados por el consumismo navideño. La piedad popular percibe que no se puede celebrar el Nacimiento del Señor si no es en un clima de sobriedad y de sencillez alegre y solidaria para con los más pobres. La espera del nacimiento del Salvador la hace sensible al valor de la vida y al deber de respetarla y protegerla desde su concepción; intuye también que no se puede celebrar con coherencia el nacimiento del que “salvará a su pueblo de sus pecados” (Mt 1,21) sin un esfuerzo para eliminar de sí el mal del pecado, viviendo en la vigilante espera del que volverá al final de los tiempos (Cf. *Directorio sobre la piedad popular y la Liturgia*, 105).

Conclusión:

Como debemos hacer siempre, busquemos la complementariedad litúrgica con la Piedad popular y saldremos enriquecidos en el firme propósito de preparar la venida del Señor. Pero no lo olvidemos, Dios ya vino y camina con nosotros en esta nuestra Iglesia sinodal.

Festejar la vida para avivar la fe en familia

Xosé Manuel Domínguez Prieto



Una de las parábolas que Cristo utilizó para describir el Reino fue la de un rey que daba un banquete para celebrar la boda de su hijo (Cf. Mt 22). Se trataba de una fiesta familiar.

Hacer fiesta está en el centro de la vida cristiana y de la vida familiar. **Festejar es una manifestación natural de la alegría que surge de vivir en comunidad y de hacer experiencia de Cristo.** Festejar es acoger conscientemente el don que se nos regala.

Vivir en familia supone tener siempre ocasiones para la fiesta, porque celebramos el don del encuentro con los otros, de la experiencia del amor cotidiano. Este modo de vida es realmente un **antídoto** frente a la manera mecánica de vivir, al ahogo de la vida llena de prisas, de plazos, de tensiones o de dispersiones. Festejar es un **antídoto** frente a la adormidera anestésica de la televisión, frente al ruido constante de la conexión permanente online, que impide el encuentro con los más cercanos y nos diluye en una actividad frenética de recibir y enviar mensajes intrascendentes, de

recibir noticias intrascendentes y de ver vídeos intrascendentes. Festejar resulta el mejor antídoto, en fin, frente al nihilismo reinante, a la pérdida de sentido generalizado, donde todo se hace como medio para otra cosa y no se termina de valorar nada ni disfrutar de nada por sí mismo.

De todo ello nos salva la fiesta, porque la fiesta es encuentro y es fuente de sentido. Festejar es recuperar el pulso de la comunidad desde la celebración de un acontecimiento que tiene sentido especial. Esto nos salva de la soledad y de la cotidianeidad mecánica.

Tiempo de Adviento: tiempo de preparación de la fiesta, porque toda fiesta tiene un momento previo apasionante, ilusionante: el de su preparación. Tenemos tiempo para preparar la fiesta, para ponernos el traje adecuado, para preparar todo en la casa y en nuestro interior.

La preparación para la alegría ya es alegría. Por ello, el Adviento es un tiempo de alegría en familia, pues consiste en tiempo en el que se puede ir rompiendo poco a poco con el ritmo frenético (comienzo de curso, comienzo del colegio, vuelta al trabajo, productividad,...) para recuperar de nuevo el 'tempo' interno familiar, el encuentro, el compartir, el humor... Momento de dejar el 'Kronos' para recuperar el 'Kairós'.

Como toda preparación, el Adviento supone ir organizando signos externos e internos que disponen para la alegría que va a venir. Justo esto es lo que significa 'adventus', que viene del verbo 'advenire': 'ad': hacia, 'venire', (lo que va a) venir. Y de aquí también procede el término 'aventura' y 'avenida'. **El Adviento es, por tanto, la aventura de recorrer la avenida que nos lleva a un acontecimiento central en la vida cristiana: el nacimiento de Cristo.** Esto es la Navidad, y no regalos, luces o comidas. A esto es a lo que hay que prepararse. Este es el motivo de la fiesta. Prepararse supone hacerlo consciente. Y lo hacemos consciente mediante signos concretos:

- ✓ Poner en casa un Belén, donde los diversos personajes hablan por sí mismos, son Evangelio.
- ✓ Poner en casa las figuras de la Virgen, San José y el Niño, en un lugar visible y destacado.

- ✓ Hacer juntos alguna oración de agradecimiento y petición ante estas figuras.
- ✓ Poner en casa la corona de Adviento, con cuatro velas de colores, encendiendo una nueva cada domingo, en un pequeño acto en el que toda la familia se hace presente en un momento de oración...

Se trata de recuperar esos signos, porque nos preparan para la fiesta. También nos preparamos interiormente: oración, algún acto especial de caridad y amor a los demás, rezar juntos una parte del Rosario... (práctica que se incorpora sin prejuicios cuando se descubre el ritmo meditativo espectacular de esta oración).

En todo caso, es el momento de hablar en casa del Acontecimiento que se va a celebrar: que Cristo se encarna, se hace hombre, y Él nos salva, nos hace plenos, de él depende nuestra plenitud... Hablar de Cristo en familia es preparar la fiesta. Y esto hará que nadie nos pueda quitar nuestra alegría (Cfr. Jn16, 22). Preparar el Adviento es tomar conciencia de la alegría honda a la que estamos llamados como familia, alegría que no depende del éxito, del bienestar material, de los regalos... Esta alegría no es tal: es mero contento efímero. La alegría profunda, la que queremos para nuestra familia, es la alegría de descubrir juntos lo que merece la pena: el amor que Cristo nos tiene y el amor que nos tenemos.

Y de la alegría surge la creatividad. Ser cristiano es ser alegre y, por tanto, creativo. Cada familia busca maneras creativas de preparar la fiesta de la Navidad, que es una forma de salir de la indiferencia de lo cotidiano. La familia es el laboratorio de la alegría, de la fiesta. Festejamos todo lo bueno que se nos da, todo lo bueno que nos sucede y lo que nos queremos. También esto es preparar el Adviento: recuperar la conciencia de la fiesta en familia, de los motivos para festejar en familia.

Cuando el hijo pródigo regresa a casa, de nuevo el padre, una vez que le abrazó... ¡organizó una fiesta! ¡Siempre fiesta! Para celebrar lo bueno que tenemos, los bienes que se nos dan: las personas mismas, nuestro cariño, la fe que compartimos, perdonarse, lo que nos damos unos a otros...

Festejar en familia, tomar conciencia de que el Adviento es tiempo de preparación para la fiesta, tomar conciencia de que cada domingo es un día de fiesta, resulta, al cabo, recuperar la alegría de la salvación, la alegría de ser creyentes. ¡Qué nadie nos quite la alegría!

Por tanto, el Adviento es el momento de salir del armario de la indiferencia, de la cobardía de permanecer mudos ante la fe que tenemos, de salir del armario de la anestesia cotidiana en la que no percibimos ya el rostro de quien está a nuestro lado, para afirmar en pequeños gestos en familia la alegría de ser cristianos.



Las Eucaristías de referencia, camino hacia una liturgia viva y festiva

Luis Rodríguez Álvarez

A lo largo de los últimos decenios la sociedad ourensana ha sufrido cambios muy importantes. El reciente estudio *Panorama sociorreligioso de los arciprestazgos rurales ourensanos* que se ha elaborado con ocasión del Sínodo Diocesano así lo pone de manifiesto. Entre otras conclusiones se cita una fuerte contracción en la población, con una gran tendencia a la recolocación progresiva de los habitantes de esta provincia en el centro urbano y su periferia y en las cabeceras de comarcas importantes; amplias zonas en riesgo de desertización humana y pocas esperanzas de que la situación demográfica cambie a corto plazo. Estos y otros datos tienen consecuencias en la pastoral diocesana, entre otras, el hecho de que múltiples parroquias son “difícilmente sostenibles” tal como hasta ahora se ha realizado.

Estas y otras razones que no es menester citar, pero que están en la mente de todos, hacen que sea urgente una seria reestructuración de atención pastoral que se está afrontando desde la Diócesis y que se pone de manifiesto en las proposiciones de los primeros trabajos de los grupos sinodales.

Entre esas opciones y propuestas pastorales está lo que se denomina las *Eucaristías de referencia* con el objetivo de fomentar una vivencia del domingo más viva, auténtica y fructífera en la Unidad de Atención Pastoral. Esta reorganización no persigue la disminución de la atención de los sacerdotes a las comunidades cristianas, ni una vida más cómoda para ellos, sino una mejora cualitativa de su ministerio pastoral celebrando la vida y la fe como “Pueblo de Dios en marcha” en la mesa de la Eucaristía.

1.- Ausencias, descuidos y propuestas

Hay aspectos que vacían nuestras liturgias de su fuerza, de su significado y de su capacidad para celebrar la vida: celebraciones flojas, descuidadas, apresuradas, llenas de palabra, no preparadas o anodinas que debilitan la fe del pueblo. Celebraciones vigorosas, gozosas, cuidadosamente preparadas y bien ejecutadas contribuyen a robustecer la fe, a alimentar la comunión y a animar a la transformación del

mundo y ser discípulos misioneros en esta tierra.

Sin duda un primer enemigo es la **ignorancia**. No conocer las posibilidades de la Liturgia puede hacernos caer en una suerte de “liturgia de mínimos” o en una sucesión de excesos difícilmente justificables. Esta ignorancia puede ser fruto de la prepotencia, de la desidia, de la ingenuidad, de la comodidad, de la falta de sintonía con el pueblo. Es urgente suscitar en los laicos y en los sacerdotes la necesidad de formación. Otros enemigos son la **pereza** y el **clericalismo**. La pereza constituye un enemigo real: hace que nos olvidemos que la celebración litúrgica es trabajo, tarea, compromiso y supone esfuerzo. La pereza nos lleva a “vivir de rentas” (o de páginas web o de revistas o publicaciones litúrgicas, por ejemplo), a no ser creativos, a no responder a la vida, los anhelos, las preocupaciones, las angustias e ilusiones de la gente. Y el clericalismo que priva al Pueblo de Dios del derecho a una celebración fiel, creativa, viva, profunda, expresión de la fe de la Iglesia. Clericalismo que no sólo impregna la “piel” de algunos sacerdotes, sino también la de muchos laicos cristianos. Otro gran peligro es la **falta de inculturación**: se cae en este grave error cuando nos ahorramos el esfuerzo de traducir la Liturgia a las circunstancias concretas, bien sociales, culturales, sociológicas, de género, de contextos concretos etc. Se trata de falta de respeto al ser y al alma del pueblo, porque no olvidemos que uno de los símbolos más importantes de los que se sirve la Liturgia es la asamblea de los creyentes. Esta falta de sintonía inculturada proviene, con frecuencia, de no conocer a las personas a las que servimos, de no respetar su idiosincrasia y sus situaciones vitales. Nos falta en ocasiones “el gusto espiritual de ser pueblo” y estar apasionados por la vida de nuestro pueblo¹. Todo ello puede generar también **falta de sensibilidad, rutina y actitud funcional** (con todos los respetos para los funcionarios públicos). ¡Cuántas veces celebrante y pueblo asisten a la Eucaristía de cuerpo presente y cabeza y corazón ausentes!

Estos peligros que hemos citado no describen toda la realidad. Las *Eucaristías de referencia*

1 PAPA FRANCISCO Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium* 268.

tendrán que alimentar la celebración de una comunidad viva donde se promuevan ministros de acogida, ministros de la hospitalidad, ministros de los enfermos, ministros de la Eucaristía; del servicio de los lectores, de los monitores, del canto. Del viejo esquema de “ir a Misa” se debe ir pasando a “celebrar la Eucaristía”. Será un camino largo y lento, pero necesario. Un camino que exigirá Equipos de Liturgia en la Unidad de Atención Parroquial y que irá construyendo una comunidad que no sólo “oye y contempla”, sino que prepara, dialoga, canta, ora, se mueve; una comunidad que celebra la vida con creatividad; una comunidad que huye tanto de la rigidez en los esquemas celebrativos, como de las “celebraciones de arte y ensayo”; una comunidad que en la Eucaristía quiere transparentar humanidad y misericordia, que no quiere forzar la Palabra de Dios para llevar el agua a su molino, sino que se deja interpelar; una comunidad unida en la diversidad, caritativa, samaritana y transformadora.

2.- Cuando participar se convierte en participio

Nuestras Eucaristías deben “dar forma” al verbo *participar*. Para ello será necesario emprender caminos y acciones que ayuden a hacer del *verbo* participar un *participio* que recorra todas las partes de nuestras celebraciones. De esta manera cumpliremos el mandato de Jesús de “hacer lo mismo que Él hizo” y se conseguirá que toda la asamblea litúrgica “tome parte” en la Eucaristía. Reto que hay que afrontar sin demora.

Es imprescindible dar pasos: tomar parte en lo que se hace, fortaleciendo la identidad comunitaria de la Eucaristía²; junto a un Equipo de Liturgia, está también la participación de los ministros de la Eucaristía que llenarán de contenido comunitario la Eucaristía

dominical y exigirá que la celebración del Día del Señor se prepare conjuntamente con las distintas sensibilidades, experiencias e ideas que se complementan y entrecruzan (pensar signos, elaborar moniciones, definir ideas principales de la homilía, incorporar gestos, hacer de la vida de la comunidad y de las personas una ofrenda agradable al Señor); cuidar el espacio celebrativo, el templo de referencia y que los lugares y espacios ayuden a pasar a toda la comunidad de ser “extraños y mudos espectadores” a una comunidad “celebrante y celebrada”³; preparar la liturgia eucarística donde se haga presente la vida con hondura, donde sus heridas sean sanadas, donde la justicia se haga tarea de todos, donde la Fe y Vida converjan, se complementen y se celebren (un ejemplo práctico: que en cada parroquia de la Unidad se consiga un pequeño grupo de personas que puedan informar de los enfermos o impedidos y presentar en la Eucaristía sus nombres). Este tipo de trabajo necesita una buena y coordinada organización que ayude al sacerdote o equipo de sacerdotes en su labor de atención a los más necesitados, ancianos o enfermos.

Ahí queda el reto que debemos afrontar con lucidez y audacia, lo que ya el Concilio Vaticano II afirmaba y urgía: *Hay que trabajar para que florezca el sentido comunitario parroquial, sobre todo en la celebración común de la Misa dominical*⁴.



2 Como decía CASIANO FLORISTÁN, “el fracaso de muchas celebraciones es fracaso de la comunidad... O se forma una comunidad o la liturgia es pura rutina de cumplimiento” en *Teología y práctica de la acción pastoral*, Sígueme, Salamanca 1993, p. 635.

3 Constitución Concilio Vaticano II *Sacrosanctum Concilium* 48.

4 SC 42; Cfr PAPA JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte* 35.

Los ministerios en la vida litúrgica de la Iglesia

Raúl Alfonso González

El pueblo de Dios está formado por todos los bautizados y constituido jerárquicamente: ambas realidades expresan la realidad de la Iglesia como nos recordó el Concilio Vaticano II (Cf. LG 9,14; 17-22). Todo el Pueblo de Dios es un pueblo también sacerdotal; por eso mismo, está capacitado para ofrecer un culto agradable a Dios. Esta constitución jerárquica se manifiesta también en la celebración litúrgica cuando *cada uno hace solo y todo aquello que le corresponde hacer* (OGMR 91) y manifiesta así la riqueza ministerial del pueblo de Dios.

Por el Bautismo, los cristianos somos constituidos en sacerdotes, profetas y reyes participando así del triple “*munus*” (ministerio-oficio) de Cristo: Sacerdote, Profeta y Rey. De este modo en la Iglesia existen, para manifestar esta triple realidad de todo el Pueblo de Dios, ministerios de la Palabra, del culto o sacerdocio y del gobierno manifestado en el servicio-caridad. Cada cristiano es consciente que puede servir al Pueblo de Dios y con todo derecho en todos estos campos de la vida de la Iglesia.

En nuestro camino sinodal diocesano, este curso está centrado en la vida litúrgica de la Iglesia; por eso vamos a acercarnos ahora a los ministerios litúrgicos propiamente dichos. Es clásica la división de estos ministerios también de una forma triple: los ministerios ordenados, los instituidos y los de hecho.

Cuando hablamos de ministerios ordenados, hacemos referencia a aquellos que surgen de “una ordenación”, es decir, los vinculados al Sacramento del Orden y son, como sabemos, el episcopado, presbiterado y diaconado. Estos ministerios se ejercen como continuación de la misión de Cristo Cabeza y también Servidor de la Iglesia. A ellos está encomendado el ministerio de la presidencia en la celebración litúrgica. El oficio de presidir la celebración hace presente a Cristo que preside siempre la vida de la Iglesia, especialmente en la Liturgia que es el ejercicio del Sacerdocio del mismo Cristo en el espacio y el tiempo de los hombres.

Junto a los ministerios ordenados están los que son “instituidos” por la Iglesia que en la actualidad se reducen a tres: lectorado, acolitado y ministro extraordinario de la Eucaristía. Todos ellos se confieren a través de una oración de bendición en el marco de una celebración litúrgica. En nuestro ámbito, sobre todo, lectorado y acolitado, han reducido su existencia como ritos preparatorios en los Seminarios a la ordenación diaconal y presbiteral, pero son ministerios laicales que deben existir en la Iglesia local como servicio litúrgico en la proclamación de la Palabra de Dios (lector) y en el servicio al altar y al ministerio de la presidencia litúrgica (acólito). El ministro extraordinario de la Eucaristía, ejerce especialmente su servicio no solo en la distribución de la Sagrada Comunión en el marco de la Eucaristía, cuando es necesario; sino también, cuando por encargo del párroco, visita a los enfermos y les lleva el alimento del Cuerpo de Cristo o incluso cuando celebra el Día del Señor en espera de Presbítero.



Por último, existen los ministerios de hecho o aquellos servicios que puntualmente por petición del sacerdote o de quien organiza la celebración, prestan algún servicio en la celebración de la Liturgia: monaguillo, cantor, monitor, acogida, coro, colecta... Estos ministerios aunque no llevan consigo un encargo oficial o una institución propiamente dicha, se realizan como expresión del sacerdocio común de los fieles en el marco de una celebración litúrgica de la Iglesia que toda ella es un pueblo sacerdotal; por eso tienen todo sentido y oportunidad.

En este punto, es muy oportuno recordar un número ya clásico, con referencia a este tema, de la Ordenación General del Misal Romano (91); lo que se dice de la celebración de la Eucaristía, se puede y debe aplicar a cada celebración litúrgica: *“La celebración eucarística es acción de Cristo y de la Iglesia, es decir, un pueblo santo congregado y ordenado bajo la dirección del Obispo. Por eso, pertenece a todo el cuerpo de la Iglesia, influye en él y lo manifiesta; pero afecta a cada uno de sus miembros según la diversidad de órdenes, funciones y actual participación. De este modo, el pueblo cristiano, <linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido> manifiesta su coherente y jerárquica ordenación. Todos, por tanto, ministros ordenados o fieles laicos, al desempeñar su ministerio u oficio, **harán todo y sólo aquello que les corresponde**”*. Creo que esta máxima de la Liturgia es, quizás, la primera que deben tener en cuenta todos los ministros cuando celebran la Liturgia desempeñando un ministerio concreto.

Dicho esto, es importante hacer algunas consideraciones para la formación y vivencia de la espiritualidad de cada ministerio litúrgico. Los ministros deben prepararse mediante una formación adecuada para ejercer su ministerio, teniendo en cuenta no sólo las normas propiamente litúrgicas sino también las indicaciones disciplinares que cada Obispo emite para su Iglesia particular, así como las que afectan a la Iglesia universal. La formación, en cada caso, evidentemente es distinta; pero todos los ministerios litúrgicos deben conocer el sentido de lo que se celebra, los ritmos de la celebración y llevar a cabo también una preparación inmediata a la hora de desempeñar cada ministerio; así mismo, los ministerios deben coordinarse y organizarse de tal modo que sirvan con entusiasmo y belleza a la celebración. Del servicio de todos resulta la eficacia y belleza de la celebración. Cuando cada ministerio realiza lo que le corresponde en su tiempo con

devoción, respeto y sentido eclesial, se manifiesta la realidad viva y fecunda de la Iglesia. Todos los ministerios están al servicio de Cristo y de la Iglesia en oración; todos deben traslucir el misterio que se celebra, la presencia misteriosa pero real de Cristo, muerto y resucitado, mermando ellos y creciendo Cristo, agente principal de la celebración. Así se muestra también *el ars celebrandi*, es decir, la profundidad del misterio, la belleza de todos los elementos y la coordinación de todos los ministros.

Pero, si la formación es importante, no menos lo es encarnar el espíritu de su ministerio y sus cometidos. Se trata de que cada ministro viva de la espiritualidad que brota de su propio ministerio: el lector, de la Palabra de Dios; el acólito, del servicio al altar y al Cuerpo de Cristo; el cantor, de la espiritualidad del canto como alabanza al Señor, etc; de esta forma a la belleza o perfección externa de cada celebración, que no debe descuidarse, se une la profundidad, la vivencia del Misterio que se celebra. Alimentar la propia vida espiritual con la vivencia de cada ministerio hace que realmente los ministros no solamente celebren bien, sino que vivan lo que celebran; en este sentido son esclarecedoras las palabras rituales que el Obispo dirige al neopresbítero en el rito de Ordenación cuando entrega la patena con el pan y el cáliz con el vino: *“Recibe la ofrenda del pueblo santo para presentarla a Dios. Considera lo que realizas e imita lo que conmemoras y conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor”*.

Como conclusión de todo este tema, habría que recordar una primera verdad en todo lo referente a la participación en la Liturgia, ya que si bien es importante todo lo dicho acerca de los ministerios litúrgicos, no menos lo es afirmar que toda la asamblea que celebra desempeña un importante y propio ministerio en la celebración; en este sentido, dice a propósito la OGMR n 95: *“En la celebración de la Misa, los fieles forman la nación santa, el pueblo adquirido por Dios, el sacerdocio real para dar gracias a Dios y ofrecer no sólo por manos del sacerdote, sino juntamente con él, la víctima inmaculada, y aprender a ofrecerse a sí mismos. Procuren, pues, manifestar eso mismo por medio de un profundo sentido religioso y por la caridad hacia los hermanos que toman parte en la misma celebración. Eviten, por consiguiente, toda apariencia de singularidad o de división, teniendo presente que es uno el Padre común que tienen en el cielo, y que todos, por consiguiente son hermano entre sí”*.

El diaconado permanente: servidores de la Palabra, el altar y las mesas

Francisco Pernas de Dios

El 2 de febrero de 2018 el Sr Obispo decretaba, después de consultar al Consejo Presbiteral (5 de abril del año 2017) y Pastoral (reunión del 27 de enero 2018) la instauración en nuestra Diócesis del Diaconado Permanente.

Siendo una realidad nueva en nuestra Iglesia local es normal que suscite muchos interrogantes. ¿Para qué establecer el Diaconado Permanente? ¿Qué puede hacer un Diácono Permanente que no pueda hacer un sacerdote o un laico? Puede que incluso haya quien piense si esto es un riesgo para mantener el celibato requerido para los aspirantes al sacerdocio o incidir en la opción de algunos jóvenes al sacerdocio. Así mismo hay quienes aluden a los posibles conflictos que puedan surgir en el seno de la comunidad, como surgen en otros ámbitos y tendremos que afrontarlos desde la fe y la comunión, así como las normas de la Iglesia. Para dar respuesta a estos y otros interrogantes e iluminar el sentido de la vocación al Diaconado Permanente es necesario conocer tanto lo que el Vaticano II como otros documentos de la Iglesia, han aportado sobre el tema. Con esta reflexión deseamos aportar algo de luz para que sepamos acoger el regalo de este don de Dios a nuestra Iglesia y descubrir sus potencialidades en la evangelización.

¿Quién puede ser diácono permanente?

El Diaconado Permanente puede ser conferido a varones casados que hayan cumplido al menos treinta y cinco años, con al menos cinco años de matrimonio y contando con el consentimiento de su esposa e hijos mayores, se sienta llamado por Dios al servicio de la Iglesia. Así mismo se puede conferir a varones solteros, en este caso deberán permanecer célibes, al igual que el que lo recibe siendo casado, si quedara viudo, no podrá volver a contraer matrimonio¹.

Esta institución tiene su lugar propio en la estructura de la vida de la Iglesia y ha de entenderse a la luz de su sacramentalidad. Dios mismo elige a hombres para que continúen la misión que Cristo confió a los Apóstoles. La ordenación va más allá de una simple elección o designación para una función, sino que confiere un don del Espíritu Santo que permite ejercer una misión que viene de Cristo mediante su Iglesia. Por tanto lo

importante no es lo que se hace, sino lo que se es y las funciones que uno realiza deben responder a lo que es.

El Concilio recuerda que el ministerio apostólico comporta tres grados: Obispos, presbíteros y diáconos. Los Obispos presiden el pueblo de Dios con la ayuda de los presbíteros y diáconos. Lo específico del diácono es su configuración con Cristo pobre y es ordenado no para el sacerdocio, sino para el ministerio². Así fue desde los comienzos de la Iglesia (Hch 6,3), cuando los Apóstoles para dedicarse a lo esencial, el ministerio de la Palabra, eligen a siete varones, llenos de fe y de Espíritu Santo, para el servicio de las mesas, si bien vemos como también se dedican al servicio de la Palabra.

La Iglesia, para que cumplan su misión lo más dignamente posible, además de una fuerte espiritualidad, alimentada de la Eucaristía, el estudio y meditación de la Palabra de Dios y la entrega al servicio de los pobres, le pide una sólida formación teológica³ similar a la de un candidato al Presbiterado. Además se le pide estar insertos en una comunidad cristiana; en ella deben haber dado muestras de su espíritu y disponibilidad para “servir” y capacidad para la labor pastoral⁴.

Así pues el ministerio ordenado está constituido por los Obispos, presbíteros y diáconos y estos pueden ser ordenados como paso previo al presbiterado o permanentes y estos pueden ser solteros o casados. La opción por el Diaconado Permanente, como su nombre indica, no permite luego el acceso al presbiterado.

¿Cuál es el Ministerio de un Diácono permanente?

Cierto que por el Bautismo todos participamos de la diaconía de Cristo y por ello estamos llamados a perpetuar a lo largo de los siglos, cada uno según nuestra vocación, el servicio a los más pobres. Siguiendo las indicaciones del Concilio⁵ encontramos

1 Cf. SDO, nn. 5 y 11; *Normas básicas*, n. 35-37; CDC, can. 1031 §2.

2 LG 29. n aplicación de esta doctrina, el papa Benedicto XVI, mediante el *Motu proprio Omnium in mentem* de 26 de octubre 2009, ha decretado la modificación de los cánones 1008 y 1009 del CDC. En concreto el can. 1009 §3 queda formulado así: «Aquellos que han sido constituidos en el orden del episcopado o del presbiterado reciben la misión y la facultad de actuar en la persona de Cristo Cabeza; los diáconos, en cambio, son habilitados para servir al Pueblo de Dios en la diaconía de la liturgia, de la palabra y de la caridad».

3 Cf. *Normas básicas*, n. 83.

4 Cf. *Normas básicas*, n. 33.

5 Cf. LG 33.



muchos seglares de ambos sexos, como ministros extraordinarios, administran la comunión dentro y fuera del templo; leen desde el ambón, cantan y dirigen la música, anuncian las peticiones de la Oración Universal y hacen todo tipo de moniciones durante la Liturgia. Hay laicos y personas de vida consagrada que son cancilleres diocesanos, que administran parroquias, y que están a cargo de las Cáritas diocesanas y parroquiales. En algunos lugares de misión hay religiosas que bautizan solemnemente y otros religiosos y laicos son testigos oficiales del Sacramento del matrimonio. En una palabra, esto y mucho más indica que ha llegado la hora en que los laicos participen más plenamente en la Nueva Evangelización. Al mismo tiempo, sin quitarle mérito a estos ministros laicales, el Concilio Vaticano II restauró el diaconado como un «grado propio y permanente de la jerarquía»⁶. Y aquí para muchos surge la pregunta: ¿Por qué se quiere resucitar el diaconado cuando todo lo que hace un diácono lo hace igualmente un laico?

Porque, en el pueblo de Dios, algunos son llamados a una configuración más plena con Cristo servidos y por la fuerza del Espíritu Santo y la imposición de manos son destinados a servir a la comunidad en nombre de Cristo⁷. Así, por puro don, el Diácono Permanente hace presente a Cristo siervo de modo singular y hace destacar en la Iglesia la misión de servicio de modo singular insertándolos orgánicamente en la pastoral de la Iglesia, en comunión y corresponsabilidad. Por la imposición de manos el diácono entra a formar parte de la jerarquía y, sin ser sacerdote, no es laico, sino clérigo; y sin ser laico no es sacerdote, *pero sí está ordenado* y no es Obispo. El diácono participa en el ministerio apostólico de la Iglesia que es el encuentro con el Señor. Por la ordenación diaconal entra al estado clerical⁸.

El Diácono Permanente, aunque puede hacer funciones de suplencia del presbítero no puede ni debe

considerarse como sustituto del mismo.

Así mismo ha de buscar el modo de compaginar su trabajo profesional y vida familiar en el caso del casado, con su tarea pastoral. Si, en algún caso, el Obispo creyera necesario confiarle una tarea a tiempo completo, deberá proveer una justa sustentación para él y su familia, pero lo ordinario es que viva de su propio trabajo profesional.

Es al Obispo, en diálogo con los presbíteros y el diácono, quien debe discernir donde debe ejercer su ministerio, teniendo en cuenta sus circunstancias personales, laborales y familiares. Entre sus funciones está la predicación de la Palabra de Dios, la catequesis, acompañar comunidades lejanas en nombre del párroco o del Obispo, en el ejercicio de la caridad y la pastoral de la salud o tareas administrativas, fortalecidos por la imposición de manos y estrechamente unidos al servicio del altar, en orden a cumplir con mayor eficacia por la gracia sacramental, su ministerio. La diaconía de la caridad es inseparable de la diaconía de la palabra y de la liturgia ya que tiene el mismo origen que ellas en el misterio pascual. Así mismo puede administrar el Bautismo y presidir el matrimonio y en algunos casos el documento del Concilio Vaticano II, *Ad gentes divinitus*, en su número 16, plantea la posibilidad de que el diácono en nombre del párroco o del Obispo sea enviado a dirigir comunidades cristianas distantes. Esta necesidad plantea la posibilidad de que en algún lugar ya sea por ser distante o por haber escasez de sacerdotes, el Obispo le puede pedir que le asista en la administración de esta comunidad parroquial como ministro encargado, ejerciendo su oficio para promover la misión de Cristo.

La promoción y discernimiento, ¿a quién compete?

Indudablemente al Obispo auxiliado por la Comisión para el Diaconado Permanente y la colaboración de sus párrocos y comunidades cristianas. Estos se comprometen a un acompañamiento cercano de los candidatos, en orden a discernir su posible vocación, velar por su preparación humana, intelectual y espiritual, cuidar la cercanía con sus familias y los medios necesarios para fomentar su espiritualidad.

Conclusión

Sin duda que la instauración del Diaconado como grado estable de la jerarquía, es una riqueza para nuestra Iglesia pues, como dice San Ignacio de Antioquía: “Diáconos de los misterios de Jesucristo... no son ministros de comidas y bebidas, sino servidores de la Iglesia de Dios” (Ad Trall. III.1).

6 LG, n. 29; cf. también OE, n. 17 y AG, n. 16.

7 cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1570.

8 CDC can 266.

Sínodo es nombre de Iglesia (V)

El camino de la fe en la Gallaecia: los Concilios de Braga

Francisco José Prieto Fernández

Tras haber hecho un recorrido por los cuatro primeros concilios ecuménicos de la Iglesia antigua (Nicea, Constantinopla, Éfeso y Calcedonia), nos centramos ahora en la actividad conciliar que, por geografía política y eclesial, influyó más directamente en la vida pastoral de la primitiva sede auriense: los concilios bracarenses del siglo VI. Antes de la anexión del reino suevo por los visigodos (585) tuvieron lugar dos importantes concilios: los llamados I y II de Braga, en el 561 y en el 572 respectivamente. Ambos supusieron la necesaria revitalización de la Iglesia sueva después de la crisis priscilianista. Y en ambos participó san Martín de Braga: en el primero, siendo abad y obispo de Dumio y, en el segundo, ya como responsable de la sede bracarense. El llamado concilio III de Braga (675) se celebró en el marco histórico de la Iglesia visigoda como una asamblea local de la metrópoli bracarense, pero ya no como un concilio general, tal como fueron los dos primeros para el reino suevo.

El concilio I de Braga (561)

Bajo el reinado de Ariamiro o Teodomiro, y, por mandato real, se celebra el concilio el 1 de mayo del 561. Acuden ocho obispos de la provincia de la *Gallaecia* a su capital, *Bracara Augusta* (Braga): Lucrecio, titular de la sede bracarense, Andrés, probablemente obispo de Iria; Martín, obispo de Dumio; Coto, Ilderico, Lucecio, obispo de Coimbra; Timoteo y Malioso. Estaban además “presentes también los presbíteros y asistiendo de pie los diáconos y todo el clero”.

Tras las palabras iniciales, Lucrecio plantea los asuntos a tratar: contenidos referidos a la fe, dar a conocer las antiguas disposiciones canónicas de los santos Padres y cuestiones referidas al servicio de Dios y a los oficios clericales. Los obispos presentes aceptan la propuesta del metropolitano, y se comienza con el primer punto: los artículos de fe contra “la peste de la herejía priscilianista” que ya había sido condenada en las provincias de Hispania, pero, para que nadie fuese engañado



por sus doctrinas erróneas, se considera oportuno explicar “con más detalle a los hombres ignorantes, que habitando en el mismo fin del mundo y en las últimas regiones de esta provincia, no han podido adquirir ninguno o muy pequeño caudal de verdadera doctrina”. Para afianzar la condena, los padres conciliares acuerdan redactar un conjunto de 17 artículos que, bajo la forma de anatema, condenen los errores priscilianistas.

Resulta llamativo que el concilio nada diga sobre el arrianismo aún presente entre los suevos, y se centre en un ya casi desaparecido priscilianismo. Ciertamente que hacía dos años que el reino suevo era oficialmente católico, pero quizás la prevención de conflictos tanto con la monarquía sueva, con antecedentes arrianos, como con los visigodos (arrianos hasta el III concilio de Toledo del 589), provocó este silencio sinodal.

Leídos los anatematismos, Lucrecio aborda el segundo punto a tratar: la lectura de los antiguos cánones, tanto de sínodos generales como locales. La asamblea conciliar pretende así que aquellos “que, por casualidad o por dejadez, han prescindido de las normas eclesiásticas, oyesen las reglas de los santos cánones y las observen”. Ante esta situación, Lucrecio propone que los presentes establezcan unos puntos disciplinares comunes “para que aquellas costumbres que no coinciden entre nosotros sean ajustadas completamente a una

misma fórmula”. Es el tercer asunto que trata el I concilio de Braga con el acuerdo unánime de los obispos presentes. De nuevo, como en la condena del priscilianismo, la concordia entre los padres sinodales y la comunión con la sede apostólica son las líneas de fuerza que van trazando las decisiones conciliares. El resultado práctico son 22 cánones disciplinares que tratan, sobre todo, de cuestiones litúrgicas (liturgia bautismal, formulario de la misa, el oficio divino, el canto...), de asuntos referidos a la disciplina episcopal y del clero y de la administración de los bienes eclesiásticos.

Las palabras finales del metropolitano bracarense son, tras haber decretado “por acuerdo unánime todo aquello que tocaba a la firmeza de la fe católica y ortodoxa y a la práctica de los oficios eclesiásticos”, una exhortación a los obispos asistentes para que se esfuercen por dar a conocer en sus respectivas diócesis lo acordado en el concilio. Y para que todo lo establecido se cumpla con diligencia y “vigilante solicitud”, y tenga la firmeza de un acuerdo colectivo, firman con su propia mano las actas conciliares.

El concilio II de Braga (572)

Años más tarde, el 1 de junio del 572, en el segundo año del rey suevo Miro, se volvieron a reunir en Braga los obispos de la provincia de la *Gallaecia*, ahora dividida en dos zonas eclesiásticas, la bracarense y la lucense, presididos por sus respectivos metropolitanos, Martín y Nitigio. Tras la mención de las cabezas episcopales, las actas enumeran los obispos asistentes, que en la firma final de las actas aparecen agrupados según sus iglesias metropolitanas: por la bracarense, Remisol (Viseu), Luccio (Coimbra), Adorico (Idanha), Sardinario (Lamego) y Viator (Porto); por la lucense Andrés (Iria – Padrón), Witimer (Ourense), Polimio (Astorga), Anila (Tuy) y Mahiloc (Britonia, predecesora de Mondoñedo). Ocupados los puestos por los obispos presentes y “estando presente todo el clero”, tomó la palabra Martín, obispo de la iglesia de Braga, para explicar el motivo de la convocatoria: la reunión de ambos concilios (bracarense y lucense) en uno ha tenido lugar por inspiración divina y por orden real, no sólo por el gozo de estar juntos, sino por tratar los asuntos referidos al orden y la disciplina eclesiástica.

A continuación toma la palabra Nitigio, obispo de Lugo, para reafirmar lo ya dicho por Martín sobre la inspiración divina del concilio

y la concordia de los presentes fundada en la comunión con el Señor en todo lo que allí se iba a tratar. Estas expresiones, paralelas a las usadas por el obispo bracarense con el fin de resaltar la condición metropolitana de ambos, resaltan el factor de comunión como elemento que cohesiona a los obispos, tanto en su dimensión vertical (con el Señor), como en su dimensión horizontal (entre los obispos). Una clara conciencia de la comunión eclesial como inspiradora de la asamblea sinodal.

Acto seguido, toma de nuevo la palabra Martín para proponer que fuesen de nuevo leídas las disposiciones y acuerdos del primer concilio bracarense sobre la ortodoxia de la fe y diversas cuestiones disciplinares. En consecuencia, le sugiere a la asamblea que se centre en aquellas cuestiones que fueron pasadas por alto o eran excesivamente onerosas para ser resueltas por el anterior concilio, y que se reducen a temas disciplinares, dado que no hay problemas de tipo doctrinal. Motiva su propuesta recordando a los presentes la tradición conciliar previa: cita los cuatro primeros concilios ecuménicos (Nicea, Constantinopla, Éfeso y Calcedonia) y la costumbre de celebrar sínodos provinciales para resolver problemas de índole doctrinal y disciplinar.

Los obispos, “siguiendo las huellas de los santos Padres”, piden a Martín de Braga que reúna en capítulos añadidos a las actas todas las cuestiones que han de ser corregidas. Con su propia firma acreditan la decisión de acatar lo decretado por el concilio en provecho de ellos y de sus sucesores “para la perfección del oficio episcopal”. La lectura de las actas deja patente el sentido sinodal que anima la asamblea: presencia iluminadora y rectora de la Sagrada Escritura, continuidad con la tradición apostólica y eclesial-sinodal y voluntad de acatar, en comunión con la Iglesia y en colegialidad episcopal, lo acordado en los capítulos normativos.

Para concluir, las actas recogen un total de diez decretos sobre aspectos relacionados con la administración de los bienes materiales de la Iglesia e indicaciones de carácter litúrgico (cuidado de las celebraciones del bautismo y la eucaristía, la fecha de la Pascua, o al ayuno eucarístico). Los obispos presentes, según su adscripción eclesial a Braga o Lugo, firman las actas, suscribiendo lo acordado bajo pena de ser depuestos. Entre los obispos *ex synodo Lucensi* firma Witimer, obispo de la Iglesia auriense (*Auriensis ecclesiae episcopus*).

O Sínodo Diocesano: un advento renovado

Néstor Álvarez Rodríguez

O Sínodo Diocesano atópase na metade do seu percorrido. É unha boa ocasión para botar unha ollada atrás que nos faga coller impulso para afrontar o camiño que nos queda por diante.

Lembrando o camiño percorrido...

Sen case darnos conta, xa percorremos un bo treito do camiño sinodal. O traballo realizado é xa considerable: levouse a cabo unha forte campaña de sensibilización que deu a coñecer o Sínodo na maioría das parroquias da Diocese; recibíronse respostas de 3515 persoas á consulta de temas; constituíronse 198 grupos sinodais formados por 2238 persoas, na súa inmensa maioría leigos; estes grupos formularon 1866 propostas partindo do Instrumento de Traballo 1º “A parroquia: realidade, identidade e perspectivas de futuro” e 1342 do Instrumento 2º “Unha Igrexa en saída: acolledora, samaritana e transformadora no corazón do mundo”, que foron sintetizadas polas diferentes asembleas arcepreladas sendo aprobadas 314 e 245 propostas respectivamente.

Pero máis aló dos números está a realidade que reflexan: o Sínodo marcha. O camiño percorrido ten sido moito, e ten dado xa froito en forma de persoas que se están a implicar dun xeito máis fondo na vida da Igrexa diocesana; e como oportunidade para o encontro entre os distintos fieis que formamos parte dela. Moitos de nós, a pesares de vivir a fe nun mesmo Arciprestado ou incluso nunha mesma parroquia, non tiñamos espazos para compartir a nosa visión de como debería a Igrexa facer presente o Evanxeo no medio do mundo, e responder as novas realidades, tanto sociais como relixiosas, que se plantexan no nosa Diocese. O Sínodo está sendo unha oportunidade para que xuntos, leigos, sacerdotes e membros da vida consagrada, reflexionemos sobre a chamada que o papa Francisco nos fai á conversión persoal e pastoral.

Tras os lóxicos medos iniciais ante unha experiencia que fai máis de cen anos que non vivíamos na nosa Diocese, e a pesares das dificultades que foron e seguirán surxindo, o camiño sinodal discorre segundo os prazos marcados e xerando ilusión entre boa parte dos fieis da Igrexa en Ourense.

...continuamos avanzando...

Con todo, non debemos quedar petrificados mirando atrás conformándonos co xa conseguido, senón que debemos seguir avanzando.

Durante o primeiro trimestre deste curso pastoral os grupos sinodais están a traballar o Instrumento 3º “Unha liturxia viva para unha Igrexa gozosa” centrado na celebración da fe. Entre os meses de marzo e maio traballarán o Instrumento 4º que xirará en torno á educación na fe. Nos meses de febreiro e xuño celebraranse as asembleas arcepreladas correspondentes a cada un deles.

Toda á comunidade diocesana está chamada a soster o Sínodo coa súa oración, que ao mesmo tempo é un recordatorio continuo do camiño sinodal que estamos a percorrer. Os moderadores, secretarios e asesores teñen a responsabilidade de seguir coidando o bo funcionamento dos grupos, animando a aqueles membros que poidan decaer no entusiasmo e procurando entregar as actas nos prazos marcados. E as comisións arcepreladas deben velar pola correcta celebración das asembleas, procurando que non sexan simplemente un acto formal e mecánico, senón unha oportunidade para o encontro e o compartir a fe; por iso deberán coidar dun xeito especial o aspecto comunitario e celebrativo destas xuntanzas.

A finais do presente curso pastoral os sacerdotes, persoas pertencentes á vida consagrada, e os leigos que forman parte dos grupos sinodais, elixirán aos seus representantes na Asemblea Sinodal; que acompañarán a aqueles que son membros natos da mesma en función do seu oficio, e os que corresponden á libre designación do Sr. Bispo segundo o disposto no “Regulamento do Sínodo Diocesano”.

...mirando o que está por diante

O traballo dos grupos no camiño sinodal está a rematar, pero non debe acontecer o mesmo coa súa implicación na vida diocesana. O Sínodo non é unha acción máis dentro da vida da nosa Igrexa particular, que logo de ocuparnos durante catro anos quede simplemente nun documento sinodal que recolla unha serie de propostas cara

o futuro. Así como o éxito ou fracaso dos Xogos Olímpicos non se miden só polo momento da súa celebración, senón sobre todo na herdanza que deixan tras de si na cidade na que se celebraron; do mesmo xeito o que marcará o significado do Sínodo para a historia da nosa Igrexa non será só a súa celebración, senón máis ben o legado que deixe despois da súa conclusión.

Por iso é moi importante procurar que o estilo do traballo sinodal na que todos, sacerdotes, leigos, e membros da vida consagrada, camiñamos xuntos e na mesma dirección, sentíndonos participes da vida da Igrexa segundo a nosa condición, se traslade ao día a día da nosa Diocese. Para que isto se faga realidade, os grupos sinodais son unha oportunidade de invitar as persoas que participaron neles a unirse a grupos de formación na fe como poden ser os grupos bíblicos. E tamén a experiencia sinodal pode favorecer a creación de consellos pastorais parroquias e arciprestais, alí onde non os haxa, como espazos para compartir opinións sobre a marcha pastoral tanto nas nosas parroquias como nos arciprestados.

Con Xesús de compañeiro

Nunha época na que as circunstancias sociais e a crise de fe que afecta a nosa Diocese, coma a todo o occidente cristián, nos poden levar ao pesimismo e a desilusión, o Sínodo está sendo como unha oportunidade para revitalizar co alento do Espírito as antigas raíces cristiás do noso pobo. É o mesmo Xesucristo quen nos invita a poñernos en camiño, saíndo das nosas inercias e rutinas; ao mesmo tempo que alenta coa súa presenza o noso camiñar para que non esmorezamos no entusiasmo, e a desilusión se transforme en esperanza, renovando así en cada un de nós e na nosa Igrexa diocesana o ardor por anunciar o Evanxeo.



En la medida en que se santifica, cada cristiano se vuelve más fecundo para el mundo. Los Obispos de África occidental nos enseñaron: «Estamos siendo llamados, en el espíritu de la nueva evangelización, a ser evangelizados y a evangelizar a través del empoderamiento de todos los bautizados para que asumáis vuestros roles como sal de la tierra y luz del mundo donde quiera que os encontréis» Gaudete et Exsultate n.33.

Carpeta de Pastoral

Indicacións para o canto no tempo de Advento

Si se calla el cantor, calla la vida... cantaba H. Guarani. O mesmo S. Xoán XXIII animaba a *vivir a liturxia e sobre todo cantar, cantar, cantar con orden e ben e cantar todos*. Se ve que ‘canto’ e ‘vida’ son parella sempre. Pero, cando se trata de ‘formular’ a esperanza, como cadra no tempo de Advento, estes dous términos, ‘canto e vida’, reclámense mutuamente para unirse e así harmonizar a existencia dos cristiáns converténdoa nunha experiencia relixiosa profunda coa súa dimensión de vixilancia, espera, acollida e renovación.

A comunidade cristiá no Advento ha de mostrarse aberta á novidade, disposta a aprender cantos novos, deixando a un lado a rutina de sempre e botarse aos camiños para encontrarse con *‘Aquel que ven’* e así espertar desexos profundos e buscar colmalos para facer que a ‘nena esperanza’, como lle chama o pensador cristián, Charles Peguy, medre e harmonice a vinda do Mesías de Deus. Os cantos na liturxia teñen precisamente esta función: axudarnos a rezar, a participar, a interiorizar e a sentir que Deus tamén se achega a nós por ese camiño, pois, como dixera Santo Agostiño, *quen canta reza dúas veces*.

No Advento hai que resaltar **os cantos do Ordinario da Misa**, especialmente aqueles nos que resoa a esperanza con acordes cheos de expectación. .

- *Bendito o que ven no nome do Señor*; no Santo;
- *Ven, Señor, Xesús*, na aclamación ao Memorial;
- *Veña a nós o teu reino*, no Nosopai.
- A aclamación-resposta á conclusión do embolismo (*mentres esperamos a volta gloriosa do noso Señor Xesucristo*): *Pois teus son o reino...*

O Advento é un tempo litúrxico curto, que pasa de présa a un ritmo acelerado, cun desenrolo “in crescendo” que nos axuda a descubrir a alegría como virtude imprescindible que ha de envolver o noso camiñar cara o encontro daquel que ven a salvarnos. Os cantos do Advento han de ser por iso alegres, porque alegre é a esperanza, pero cunha alegría moderada para non anticipar a plena alegría do Nadal.

O canto da Coroa do Advento, coas súas estrofas propias de cada domingo, pode ser unha boa maneira de significar como a luz vai medrando conforme se vai achegando o Nadal no que esa Luz, Xesucristo, será plena.

Por outro lado o **Advento é un tempo mariano** por excelencia. En María concéntrase e chega ao seu cumio a expectación do mundo. Ela é quen nos leva

da man ao encontro do Señor que vén; con ela reza a Igrexa e a ela lle cantamos *Virgen del Adviento, esperanza nuestra, de Jesús la aurora, del cielo la puerta*. E tamén a ela nos diriximos coa fermosísima pregaría gregoriana *Alma, Redemptoris Mater*, que nos enche de lembranzas e de afervoadada esperanza.

O Salmo responsorial. Debería cantarse sempre, a lo menos a antífona-resposta. O ideal sería cantar o que nos propón a liturxia cada domingo e incluso a diario. Pero se iso non é posible pódese substituír por unha mesma antífona para todos os domingos que unifique a resposta do pobo crente ao Señor que se fai presente entre nós coa súa Palabra proclamada.

Breve escolma de cantos para o Advento

En castellano:

- *Abre tu tienda al Señor* (C. Erdozaín)
- *Canto de la Corona de Adviento* (A. Alcalde)
- *Cerca está el Señor* (p. 115)
- *La Virgen sueña caminos...* (CLN 16)
- *Rorate coeli*
- *Santa María de la esperanza* (J.A. Espinosa)
- *Tiempo de espera, tiempo de esperanza...*(CLN 13)
- *Un pueblo que camina...*(CLN 7)
- *Vamos a preparar...* (CLN 17)
- *Ven, Salvador, El Dios de paz...* (CLN 1)
- *Ven, Señor, no tardes* (J.R. Estévez)
- *Ven, ven Señor, no tardes*
- *Virgen del adviento...*

En galego:

- *Arelas do Advento* (JREG)
- *Canción de Adviento e Nadal* (CLG II, pax. 102). Este canto, como di o título, está pensado para cantar coa letra que corresponde no Advento; pero coa mesma melodía, e coa letra que corresponde, tamén se pode cantar no Nadal.
- *Canto da coroa do advento* (AFLeón)
- *María, Nai e Señora* (CLG II, pax.)
- *Ven axiña a visitarnos* (CLG 52)
- *Volve, Señor*; (CLG 53)

SALMOS RESPONSORIAIS PARA O CICLO C

- Se a Liturxia se celebra en castelán temos os salmos coa música na separata que acompaña ao Calendario Litúrxico deste ciclo C; se o facemos en galego, acompañamos estas orientacións cunhas melodías sinxelas, ffacilmente recoñecibles e semellantes para facilitar a aprendizaxe e a mesma execución.

SALMOS RESPONSORIAIS-ADVENTO-C-

1º Domingo



A ti, Se - ñor, e - le - vo_a mi - ña al - ma.

Inmaculada concepción



Can - tá - de - lle_ao Se - ñor un - ha can - ti - ga no - va,



pois fi - xo ma - ra - bi - llas.

2º domingo



O Se - ñor fai con - nos - co cou - sas gran - des, es - ta - mos



che - os de_a - le - grí - í - a.

3º domingo



¡Que gran - de é no me - dio de ti o San - to de_Is ra - el.

4º domingo



Res - táu - ra - nos, Deus, que bri - lle_o teu ros - tro e se - re - mos



sal - vos.

A COROA DO ADVENTO

Letra: B. Valado

Traducción e adaptación: A. F. León

Música: A. F. León



VI - XI - AN - TES A - CEN - DE - MOS A CO - RO - A DO AD - VEN - TO



NES - TES CI - RIOS O - FRE - CE - MOS CA - TRO_E - TA - PAS DES - TE



TEM - PO.



1._O pri - mei-ro_é a lem - bran - za do An - ti - go Tes - ta -
 2._O se - gun - do tra - e_o e - co do Bau - tis - ta no de -
 3._Os tres ci - rios van te - cen - do a_es - pe - ran - za do mis -
 4._Ca - tro ci - rios a - cen - de - mos xa no cu - mio do Ad -



men - to, ao Me - sí - as xa o_a - nun - cian os pro - fe - tas, voz do
 ser - to, men - sa - xei - ro que nos gri - ta "a - chai - ra - de_os seus sen -
 te - rio, xa no se - o de Ma - rí - a pou - sou o_or - ba - llo do
 ven - to, to - do_é gra - cia, luz e lu - me: ¡O Me - sí - as xa_es - tá



Ver - bo.

VI - XI

dei - ros".

ce - o.

pre - to!

Algunhas consideracións sobre o canto litúrxico

- O canto é conxénito á Liturxia. Canto e música non son un adorno na celebración; son a expresión máis plena e máis intensa da loanza comunitaria.
- *“Non se canta na misa; cántase a misa”*.
- Hai cantos que teñen en sí mesmos valor de rito: *o Gloria, o Salmo, o Aleluia, o Santo, o Nosopai*. Estes cantos nunca se lle deben usurpar a asemblea por parte do coro ou do cantor e deben ser cantados sempre co texto oficial.
- O coro é para “asegurar a xusta interpretación das partes que lle corresponden”. Non vai dar un concerto; vai rezar e facer rezar cantando.
- O coro é un grupo dentro de outro grupo, a asemblea, para mobilizar e crear ambiente á marxe da teatralidade e do puro lucimento.
- O director do canto na Liturxia ha de ser un verdadeiro animador que axude a rezar. Procurará non “afogar” a asemblea desde o micrófono.
- Haberá que ter sempre en conta o contido da letra das cancións. Estas deben ter forza e sentido cristián e ser axustadas ao momento da celebración que corresponde. Valorar a calidade da letra e da música para que “un bo contido estea ben dito”.
- Dicia Joseph Ratzinger: *“no trato que lle deamos á liturxia decídese o destino da fe e da Igrexa”*

NOTA: Estaría ben ensaiar os cantos antes da celebración coa xente. Serviría para crear clima de celebración e favorecería a participación.



ADVIENTTO